

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

MATANZA PARA UN HOMBRE SOLO



Lectulandia

Jeff Collins alzó la botella de whisky, la colocó boca abajo, y frunció el ceño, ni una sola gota quedaba en el transparente recipiente. Como si todavía no estuviera convencido, la miró al trasluz, y eso pareció dar por saldada la cuestión, estaba vacía.

Lectulandia

Lou Carrigan

Matanza para un hombre solo

Oeste legendario - 72

ePub r1.0

Titivillus 06-08-2019

Título original: *Matanza para un hombre solo*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

MATANZA PARA UN HOMBRE SOLO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Jeff Collins alzó la botella de *whisky*, la colocó boca abajo, y frunció el ceño, ni una sola gota quedaba en el transparente recipiente. Como si todavía no estuviera convencido, la miró al trasluz, y eso pareció dar por saldada la cuestión, estaba vacía.

La dejó sobre la mesa, se puso en pie, y en el acto, tuvo que sujetarse, con ambas manos. Suspiró profundamente, miró a su alrededor y su ceño volvió a fruncirse.

—¿No tenéis nada mejor que mirar? —farfulló.

Los demás clientes de la cantina desviaron rápidamente su mirada. Ciertamente, Jeff Collins no era sujeto con el que pudieran gastar bromas, y todos lo sabían. Es decir, casi todos. Siempre hay alguien en cualquier momento, que no sabe exactamente donde tiene los pies. Y eso es malo, porque puede dar lugar a qué pocos segundos después salga de aquel lugar con los pies... por delante.

Claro que no parecía que la cosa pudiera terminar así con Jeff Collins, ya que éste no llevaba armas. Eso sí: tenía la cara torva, barbuda, sucia y unos ojos negros, duros, hoscos, que no presagiaban nada bueno. Por eso, y porque todos conocían bien a Collins, se apresuraron a adoptar la actitud de quien lo olvida inmediatamente.

Así, el barbudo y torvo personaje, se pudo dirigir tambaleándose hacia los batientes de la cantina, sin que nadie le molestase con la impertinencia de su mirada. En verdad, aun estando aparentemente borracho, Jeff Collins resultaba imponente, con sus anchos hombros, su colosal estatura, sus manos grandes, de dedos largos y fortísimos. Era una lástima que Jeff Collins fuese sucio, barbudo y con las ropas rotas o mal remendadas, porque habría resultado un sujeto de lo más interesante.

—Hey, amigo, venga para acá... —dijo alguien—. Yo le invito a un trago.

Jeff se detuvo. Quedó como clavado al suelo por los pies, y sus negros ojos se clavaron en el generoso personaje. Estaba ante el mostrador,

acompañado por otro hombre, sonriendo burlescamente ambos. Parecían ignorar la presencia de sus revólveres en la cintura, pero el hecho cierto era que los revólveres estaban allí.

Tras unos segundos de silencio, de expectación, Jeff Collins desvió la mirada, y sin contestar, continuó caminando hacia la salida de la cantina.

Entonces, el ceño de los dos forasteros se frunció. Cambiaron una mirada, volvieron a sonreír, y el mismo que había hablado antes lo hizo ahora.

—Quizá sea usted sordo además de borracho —dijo—: acabo de invitarlo a un trago.

Collins volvió a detenerse: Su cabeza giró hacia los dos hombres.

—No, gracias —dijo.

Y otra vez continuó caminando hacia los batientes. El forastero generoso no quiso darse por vencido, cogió la botella de la cual habían estado bebiendo él y su amigo y caminó rápidamente hasta quedar delante de Jeff cortándole el paso, con la botella tendida hacia él.

—Vamos, vamos, no sea remilgoso, hombre: beba, beba todo cuanto quiera.

—Yo he dicho que no. Déjeme en paz.

El otro forastero se acercó a Jeff por detrás y dijo:

—Está muy feo eso de rechazar una invitación, amigo. Beba... Aunque sólo sea un trago.

—Ya he bebido bastante por hoy —murmuró Jeff, sin volver la cabeza.

—¡Oh, vamos! Un hombre nunca ha bebido bastante, ¿comprende? ¿Acaso usted no es un hombre?

Entonces sí volvió Jeff Collins la cabeza. Su negra mirada fue como un relámpago de furia, que debió haber hecho comprender al hombre que lo mejor era abandonar ya la broma, y que cada uno siguiera su camino.

—Es mejor que no me fastidien, forastero: tengo muy mala sangre. Sigán disfrutando de su dinero y de su *whisky*. Cuando yo quiera emborracharme lo haré por mi cuenta.

—Usted no entiende —dijo el que tenía cortándole el camino hacia la salida—. Ahora, sea como sea, tendrá que beber un trago. ¿Me explico?

De nuevo lo miró Collins a él. Apretó los puños, pero, antes de que pudiera demostrar para qué los había apretado, el otro sacó su revólver, como quien no quiere la cosa, mientras con la otra mano seguía ofreciendo la botella a Collins.

—Bebe —dijo en un susurro.

Jeff se pasó la lengua por los labios, y por el espeso bigote negro, revuelto. Parecía una fiera de presa relamiéndose después de haber degustado un bocado exquisito. De pronto alargó la mano derecha, tomó la botella, la alzó y comenzó a beber. Y bebió, bebió, bebió... Ante los asombrados ojos de sus generosos anfitriones estuvo bebiendo hasta que no quedó ni una sola gota de *whisky* en la botella.

Mientras tanto, causando un cierto asombro a los dos forasteros algunos clientes habían comenzado a abandonar precipitadamente la cantina, y los demás iban apartándose, como si quisieran buscar el último rincón del establecimiento.

Jeff Collins quedó con la botella de *whisky* en lo alto, y la lengua fuera, como esperando todavía la última gota, que ya no existía, desde luego. Evidentemente, cuando él bebía, bebía...

—¿Están satisfechos? —preguntó muy quedamente.

—Mucho.

—Lo celebro..., porque ahora me toca quedar satisfecho a mí.

Eso fue todo.

Sin más explicaciones, bajó la mano con la botella y la reventó en la cabeza del hombre que tenía el revólver en la mano. Fue un botellazo tremendo, que hizo añicos la botella, y prácticamente, la cabeza del hombre. El sombrero saltó, y toda la cabeza se llenó inmediatamente de sangre, mientras el hombre, dando un chillido caía hacia atrás soltando el revólver. El otro forastero quiso sacar entonces el suyo, pero Jeff Collins, se había vuelto ya hacia él, y su mano izquierda como una enorme garra, sujetó la derecha del hombre, mientras la derecha, cerrada en espantoso puño, partía hacia su boca.

Fue un puñetazo escalofriante, que hizo crujir los dientes del forastero como simple madera bajo un martillazo. Un puñetazo de tal potencia que el hombre habría salido volando hacia atrás si Jeff no hubiera continuado sujetándole por la mano derecha. Lo soltó después de impedir que se fuese volando hacia atrás, lo sujetó por la camisa con la derecha y le hundió el puño izquierdo en el estómago.

—¡Aaaggfff...!

El alarido de dolor resonó en la cantina como un grito de agonía. En realidad, el forastero no necesitaba más para considerarse fuera de combate, pero, al parecer, cuando Jeff Collins pegaba, pegaba de verdad...

De nuevo su puño derecho entró en funciones, se oyó otro crujido y la ceja izquierda del forastero se abrió, comenzando a manar sangre enseguida. Su cabeza iba de un lado para otro, como si tuviera el cuello roto, o fuese de

la más blanda goma del mundo. Otro puñetazo en el vientre y un nuevo trastazo en plena barbilla, que también crujió como madera seca, dejaron al forastero prácticamente colgado de la otra mano de Jeff Collins, que, de nuevo con el puño en alto, se detuvo, y se quedó mirando a su víctima. Desvió sus negros y fieros ojos hacia el otro, que yacía de cara al techo, con el rostro y la cabeza llenos de sangre.

Súbitamente, soltó al que sostenía en pie con una mano, y el hombre se desplomó, quedando tendido también de cara al techo. Durante unos segundos, Jeff Collins quedó inmóvil, mirando de uno a otro hombre. Luego, sus malignos ojos negros como la noche, se desviaron, girando por toda la cantina. Una sonrisa extraña, más bien una mueca que pareció estallar como un relámpago, dejó al descubierto los blancos dientes de Collins. A su alrededor nadie respiraba siquiera, según parecía. Es más: ni siquiera parecían tener fuerzas para levantar la cabeza y mirarlo.

—Mira qué bien —murmuró con aquella sonrisa de lobo Jeff Collins—. La diversión ha comenzado.

Se inclinó para recoger el revólver caído en el suelo y entonces pareció que todo el *whisky* ingerido se desplazase hacia su cabeza. Cayó de rodillas y su cabeza se abatió. La sacudió, la alzó, y se puso en pie, revólver en mano. Dio un par de pasos hacia el otro, hombre, y fue como si un viento terrible le zarandease hacia todos lados. La tremenda borrachera comenzaba a hacerse notar con toda su fuerza. A trompicones, llegó hasta el otro, le quitó también el revólver y se lo quedó en la otra mano.

Cuando, tras un par de fracasados intentos quedó finalmente en pie, sus ojos fueron de un lado a otro, perversos en la risa de fiera que brillaba en ellos.

—No te muevas, Mike —tartajeó—. Tienes una mosca cerca de la oreja y voy a matarla para que no te moleste.

El cantinero palideció intensamente. Sus ojos se desviaron hacia un lado y en efecto, junto a su cabeza, en la pared, muy cerca del espejo, vio una mosca. Unas finas gotas de sudor aparecieron en su rostro gordinflón. Quiso decir algo, pero tenía la boca más seca que el Llano Estacado en un día de sol de cien mil demonios.

¡Bang!

La bala disparada por Jeff Collins se hundió en la madera, junto a la cabeza del cantinero. Cuando éste, paralizado de terror, pudo mover los ojos, ya no vio la mosca allí. Lo que vio, fue el balazo, exactamente en el sitio

donde había estado la difunta mosca. El sudor aumentó en su rostro, mientras sus piernas comenzaban a temblar.

Y mientras tanto, Jeff Collins se dirigía, sonriente, a otro de los clientes de la cantina.

—Eh, Barnes, toma tu vaso y tíralo al aire... ¡Vamos, hazlo!

El interpelado se apresuró a obedecer. Tiró al aire su vaso y... ¡Bang!

El vaso desapareció, en mil diminutos fragmentos... destrozado por la bala.

—Sí, señor —sonrió de nuevo Collins—. La diversión ha comenzado. Ahora recuerdo que por las noches tenemos ahí fuera unos cuantos murciélagos que nunca me han resultado simpáticos.

Blandiendo los dos revólveres, salió a la calle, dando bandazos, riendo duramente. Debía ser cierto que no le resultaban simpáticos los murciélagos, porque enseguida comenzaron a oírse disparos.

—Por el amor de Dios —pudo al fin gemir el cantinero—. ¡Que vaya alguien a buscar al *sheriff*!

—Yo no salgo a la calle estando Jeff con un revólver, te lo aseguro —comentó alguien.

—En cuanto al *sheriff*, sería mejor que no oyese nada... Jeff tiene uno de sus malos momentos. Hacía semanas o meses, que no se ponía así —añadió otro hombre.

Afuera continuaban oyéndose disparos, y la risa seca, furiosa, de Jeff Collins. Teniendo en cuenta el modo en que disparaba, era de temer por la vida de algunos murciélagos, que a fin de cuentas son de mayor tamaño que las moscas. Su única probabilidad de supervivencia estaba en su rapidez de vuelo imprevisible.

—Lo mejor será ir a avisar a los rurales —musitó alguien—. Son los únicos que pueden meter en cintura a Jeff. Iré yo mismo, por la puerta de atrás.

—Buena idea, Charles. ¡Date prisa!

Charles salió por la puerta trasera de la cantina, mientras los demás, no sin precauciones, se acercaban a una de las ventanas para contemplar al temible Jeff Collins. El cual estaba en el centro de la calle, piernas abiertas, como clavado al suelo por los pies, pero moviéndose su cuerpo hacia todos lados, como una caña azotada por un vendaval.

—¡Malditos sean los murciélagos y malditos seáis todos! —gritaba—. ¡Salid de vuestros escondrijos, gusanos! ¡Jeff Collins se está divirtiendo ahora! ¡Salid a ver cómo me divierto!

Asombrosamente en la calzada polvorienta yacían ya los restos de un par de murciélagos, pero, al parecer, tan fácil diversión había cansado ya a Jeff Collins, que la emprendió a balazos con las bolas de madera de adorno de la fachada de la cantina. Tres disparos y tres bolas saltaron por el aire.

Plantado allí, bajo la luz lívida de los faroles de queroseno, parecía amo y señor del pueblo de Dryden. Nadie saldría a la calle mientras él estuviese allí, borracho como nunca y con un revólver en cada mano, vomitando plomo sin descanso, buscando los blancos más difíciles, y acertándoles. Apenas podía sostenerse en pie, pero ni una sola bala dejó de llegar al destino elegido... Cuándo miró hacia la cantina, hubo un revuelo, un retroceso general... Y cuando apareció otra vez entre los batientes los parroquianos parecieron querer desaparecer debajo de las mesas.

Riendo, Collins fue hacia los dos forasteros que habían tenido la desdichada idea de invitarlo a beber, y les quitó los cintos. Se colocó uno de ellos cruzado en un hombro, y el otro en la cintura. Riendo, recargó los dos revólveres, y salió de nuevo a la calle, quemando pólvora a la desesperada. En unos segundos, Dryden se había convertido en un pueblo fantasma... ocupado por un solo habitante vivo, al parecer.

La emprendió de nuevo con las bolitas de madera y luego, con algunas boñigas de caballo, haciéndolas saltar y riendo estruendosamente.

—¿No hay nadie en casa? —gritaba—. ¡Venid! ¡A Jeff Collins le ha tocado divertirse esta noche! ¡Venid, queridos vecinos, vosotros que tanto me amáis...!

Se echó a reír aún más fuerte, disparando a todas partes. En su lugar, cualquier tirador habría causado ya estropicios y creado peligros considerables, estando borracho y disparando con dos revólveres a la vez. Pero Jeff Collins parecía un extraño demonio barbudo que tuviera la facultad de poner las balas donde ponía el ojo: bolitas de madera, murciélagos, boñigas...

—¡Collins!

Jeff se volvió, como un relámpago, crispada bruscamente su boca grande, como un cepo rudo, salvaje.

—¡Hola, Gilford, querido, amado, respetado *sheriff* de este maravilloso pueblo! ¿Cómo le va?

—¡Deje caer inmediatamente esas armas! ¡No me obligue a disparar, Collins! ¡No quisiera hacerlo!

Jeff Collins se echó a reír, como si realmente jamás se hubiera divertido tanto en su vida. Hizo voltear los dos revólveres a la vez, con una habilidad

escalofriante.

—Va de apuesta, Gilford. A ver quién mata más murciélagos. El que pierda invitará al otro a beber. Estoy seguro de que Mike va a fiarme esta noche. ¡Mike, cochino conejo gordo...! ¿Verdad que esta noche sí vas a fiarme? ¡Hey, atended todos, nobles, queridos y amados ciudadanos de Dryden, esta noche Jeff Collins tiene un par de revólveres! ¡Se admiten apuestas!

El *sheriff* Gilford se había detenido a unos quince pasos de Collins, y entonces tendió la mano izquierda.

—Deme eso, Collins.

—Al infierno... Si tiene narices, venga a quitarme mis revólveres... ¡Vamos, vamos, quiero ver sus narices, *sheriff*!

—Collins, no me obligue a disparar...

—¡Adelante, adelante...! A ver esa velocidad de tortuga.

Volvió a reír, agudamente, dando un par de vueltas, disparando a todos lados... Gilford lo contemplaba, fruncido el ceño, hosco el gesto. No quería matar a Collins, pero sí estaba dispuesto a no permitir que continuará con su peligrosa juerga en solitario. Con dos revólveres y munición de sobra, Jeff Collins se estaba convirtiendo en un auténtico vendaval.

Un vendaval demasiado peligroso para afrontarlo directamente, de modo que Gilford esperó a que Collins le volviese la espalda. Entonces, sacó su revólver, dispuesto a herirlo solamente.

—¡No! —se oyó el alarido femenino—. ¡Jeff, cuid...!

Jeff Collins se volvió y disparó. Así de sencillo. El revólver saltó de la mano de Gilford, que lanzó un chillido de dolor. Luego, sujetándose la magullada mano, se quedó inmóvil, fijos sus ojos en Collins, que había entornado los suyos. Predecir lo que estaba pensando Collins en aquel momento era totalmente imposible. Siempre había sido demasiado personal, demasiado raro, de acciones imprevisibles. Lo mismo podía echarse a reír que llenar de plomo el cuerpo del *sheriff* Gilford, cuya boca, de pronto, se había secado.

Pero Collins no hizo ninguna de esas dos cosas. De pronto, olvidando a Gilford, como si éste jamás hubiera estado allí, se volvió lentamente hacia la acera de la cual había llegado la voz de aviso. Vio una mujer. En realidad solamente su silueta, recortada contra la luz de la cantina. La vio como una sombra blanca y supo que Camelia Cowan había llegado allí corriendo, al ver, notar más bien, la agitación de su busto.

—Aleluya... —murmuró Jeff—. Hoy, día doce de mayo de mil ochocientos setenta y cinco, he vuelto a ver, frente a frente, a la señorita Camelia Cowan, y he oído su voz, mi nombre en sus labios... ¡Aleluya!

—Jeff —gimió la muchacha—. Jeff, vuelve a casa...

—¿A casa? ¿A qué casa? ¿Te refieres al montón de paja que Morris me deja ocupar por las noches en el establo?

—Jeff, te lo suplico...

—¡Honor de honores! —la interrumpió Jeff, gritando—. ¡Ciudadanos de Dryden, vuestra excelsa vecina, la hija del magnífico alcalde de esta maravillosa ciudad, me está dirigiendo la palabra...! ¡Vamos a celebrarlo!

Comenzó a disparar de nuevo, frenéticamente. Se detuvo sólo los segundos necesarios para recargar los revólveres, con una habilidad y rapidez tan increíbles que Gilford abandonó en el acto la descabellada idea de intentar recuperar su revólver. Permaneció inmóvil, igual que Camelia Cowan. Muchas ventanas habían sido cerradas con los gruesos porticones de madera, y la calle comenzaba a quedar iluminada solamente por el pobre alumbrado público, de modo que Jeff Collins iba convirtiéndose en una sombra. Una sombra alta y poderosa, enloquecida... Los revólveres comenzaron a tronar de nuevo muy pronto, hasta que, desde la punta de la calle, llegó una voz, recia, seca, dura:

—¡Jeff Collins!

Éste se volvió, listos los dos humeantes, calientes revólveres. Y se quedó quieto de pronto. Solamente un hombre caminaba hacia él. Un hombre casi tan alto como el propio Collins, de hombros recios, y gran cabeza alta, noble, poblada de largos cabellos que brillaron como plata a la luz del queroseno. Cuando se detuvo a cuatro pasos de Jeff Collins, la luz de uno de aquellos faroles dio de lleno en la estrella de cinco puntas que brillaba en su pecho, haciéndolo destellar. Desde muchísima más distancia, y con mucha menos luz todavía, Jeff Collins habría reconocido aquella placa brillante: la de los rurales de Texas.

—Buenas noches, señor —murmuró.

—Está bien, Jeff. Esto ha terminado. ¿De acuerdo?

—Sí, señor, de acuerdo. Lo que usted diga.

—Deja caer esos revólveres y ve a dormir la borrachera. Y mañana hablaremos tú y yo.

Jeff Collins se irguió. Su rostro quedó lívido, se desencajó. Por sus ojos pasó un destello de alegría.

—¿Quiere que vaya a hablar con usted al cuartel, señor?

—No. Yo te buscaré.

—Ah... Entiendo... Ni siquiera soy digno de pisar el cuartel de los Rurales de Texas.

Robert Palmer, capitán del destacamento de los Rurales en Dryden, no contestó. Se quedó mirando a Collins, quien, finalmente, dejó caer los revólveres, dio la vuelta y comenzó a alejarse. Como por arte de magia, volvía a haber gente en la calle, y se oyó una voz en ella:

—Ya sabía yo que lo único que lo calmaría sería una placa de los rurales.

Caída la cabeza, tambaleándose, Jeff Collins parecía no oír ni ver nada. Pero sí tuvo que ver, de pronto, a Gilford, recuperando su revólver y cortándole el camino.

—Vendrá a la cárcel, Collins. Esta noche, se lo ha ganado. Me ha disparado y...

—Porque usted iba a dispararle a él —intervino rápidamente Camelia Cowan—. Yo lo vi, y lo diré a quién convenga, Gilford. Si es necesario...

—No es necesario nada... —cortó abruptamente Collins, con voz torpe, pastosa—. No te metas en esto, Camelia. Vete.

—Pero...

—Veté. Sigue olvidándome. Seguramente será lo mejor que habrás hecho en tu vida. Sí... Vete y sigue dedicada a olvidarme. Es un buen negocio para los dos. Especialmente para ti.

Camelia Cowan se lo quedó mirando, mientras a su vez, Jeff Collins la contemplaba a ella. No había cambiado nada... Nada. En aquellos meses, Camelia seguía exactamente igual... Era normal desde luego, en tan poco tiempo. Sólo que a veces, a Jeff Collins le parecía que hacía siglos desde que... Sacudió la cabeza y pareció lanzar así muy lejos sus pensamientos. Lo mejor que podía hacer era no pensar. Pero no tenía por qué privarse de ver a Camelia. Sí... Igual con sus grandes ojos color café, su boca dulce, sonrosada, su busto alto y cálido, sus manos pequeñas y blancas, su olor fragante a frescor, a flores y a campo en día de lluvia... Camelia Cowan: veintidós años de dulzura hecha mujer. Pero...

Habían estado mirándose. De pronto, ella dio la vuelta y se alejó calle arriba, hacia la plaza donde estaba su casa... La casa del alcalde de Dryden, respetable, rica, hermosa...

—Será mejor que no ponga resistencia, Collins.

Jeff miró al *sheriff*. Pareció a punto de decirle algo pero acabó encogiendo los hombros, con indiferencia. Miró hacia donde permanecía el capitán de los rurales, y una amarga sonrisa pasó por sus labios. Los efectos de la botella

casi entera de *whisky* eran ya terribles, y pasada la primera euforia comenzaban a hacerse sentir realmente. Tambaleándose, llevando atrás al *sheriff* Gilford, Jeff Collins se dirigió hacia la oficina de aquél, tras la cual estaban las celdas. Sí. Seguramente, lo menos que merecía era ser metido en una de ellas. Había dado una lección a dos idiotas y había matado a algunos murciélagos y una mosca. Merecía la cárcel.

CAPÍTULO II

Oyó primero el tintinear de las llaves, y luego él sonido de la cerradura al girar. Se sentó en el camastro de la celda, sujetándose la cabeza con ambas manos; la notaba pesada, y tenía la sensación de que la lengua había adquirido unas proporciones gigantescas, así como un pésimo sabor... Lo de siempre.

Cuando abrió al fin los ojos y alzó la cabeza, vio ante él la imponente figura de Bob Palmer, capitán de los Rurales de Texas. Inmediatamente, Jeff Collins se puso en pie, quedando como un gigantesco roble mecido por el viento.

—A sus órdenes, señor —murmuró con voz ronca.

Palmer movió la cabeza, en un gesto de profunda pesadumbre.

—Ya no estás a mis órdenes, Jeff —susurró.

Collins parpadeó.

—Es cierto... Es cierto, sí... A veces olvido que fui expulsado de los Rurales... Lo siento.

Palmer sacó dos cigarros delgados, de tono dorado. Buen tabaco de Virginia, con el que siempre se había mostrado generoso con sus hombres. Tendió uno a Collins, prendió los dos con una cerilla y se sentó en el camastro.

—Siéntate, Jeff: tenemos que hablar.

—Sí, señor.

La docilidad de Jeff Collins era asombrosa. Siempre había sido así. Las palabras de sus superiores habían sido siempre sagradas para él. Especialmente, las de su capitán, el magnífico, inteligente duro y honesto capitán Palmer, a quien adoraban todos los jóvenes rurales del destacamento.

—Hablaremos de ti, Jeff... —susurró, expeliendo humo—. No es un tema muy grato, te lo aseguro. Anoche llegaste a tu límite.

—Lo lamento.

—¿No vas a disculparte? Esta vez puedes hacerlo: me han enterado de lo ocurrido, y sé que la culpa no fue tuya, al menos inicialmente.

—Me temo que de todos modos no tengo muchas disculpas. No debí dejarme llevar por mi mal carácter, señor.

—Eres un tipo raro, Jeff. Muy raro. Hasta hace unos meses, fuiste el mejor de mis muchachos. De pronto, fracasas, te encontramos borracho como un cerdo y, finalmente no tenemos más remedio que expulsarte. Aún tengo la esperanza de que puedas darme una explicación.

Jeff Collins permaneció silencioso, entornados los ojos, contemplando el humo del excelente cigarro con que había sido obsequiado. Robert Palmer suspiró.

—De acuerdo, Jeff. He venido a pedirte que te marches de Dryden.

El exrural palideció intensamente.

—¿Me expulsan también del pueblo, señor?

—He dicho que te lo pido, no te lo ordeno. Ya no puedo ordenarte nada. Pero sería mejor para todos que te fueses de aquí. Atiende bien, Jeff: en Dryden hay un importante destacamento de los Rurales de Texas, bajo mi mando. Durante mucho tiempo, hemos estado mereciendo el aprecio, el respeto de todos los habitantes de Dryden. Hay un *sheriff*, con el que nos llevamos bien y buena gente, que vive en paz. No es un pueblo muy grande, pero sí estratégicamente situado, y por eso permanece aquí nuestro destacamento... Pues bien: quiero que se nos siga respetando. Y tú lo estás echando todo a perder.

—¿Yo? No veo por qué, señor: ya no soy un rural.

—Tu expulsión ya fue malo, Jeff. Se habló mucho, y fue, en cierto modo una mala nota para nosotros. Pero tu permanencia aquí aún es peor. Suelas emborracharte cuando consigues dinero, te dedicas a trabajos no demasiado dignos con tal de ganar unos dólares para tus tragos, vives en el establo. No tienes empleo, ni caballo, ni amigos. Ni siquiera tienes revólver. No tienes nada, no eres nada ni nadie. Que me maten si comprendo cómo precisamente tú has podido llegar a esta situación, pero así están las cosas... ¿Cierto?

—Usted siempre se explicó muy bien, señor.

—Ya sabes que simplemente hablo claro. En modo alguno pretendo molestarte con mis palabras. Pero volvamos al asunto ¡desde que te quité la placa de rural, te has convertido en un... indeseable! Ni siquiera te lavas, no te afeitas, hueles a estiércol... Bebes todas las noches hasta que se te terminan los centavos que has ganado durante el día... Jeff: te ruego que te marches de Dryden.

—Soy la deshonra de los rurales, ¿verdad?

—Nadie ha olvidado que fuiste uno de mis hombres. Para mucha gente, lo que tú haces es una muestra de lo que podría hacer cualquier otro rural. Esto resulta muy desagradable, ¿no crees?

—Como siempre, tiene razón. Procuraré mejorar, señor.

—¿Estás diciendo que permanecerás en Dryden? ¿Por qué, Jeff? ¿Para qué? ¿Acaso por Camelia? Porque si es por eso, creo que estás perdiendo el tiempo: ella no volverá contigo..., al menos mientras, sigas siendo un indeseable borracho, ¿no te parece? Por todos los demonios, muchacho, no te entiendo. Tenías un formidable futuro en los rurales, te quería todo el mundo, eran educado, limpio, amable... El mejor tirador que he conocido jamás, el rural más inteligente que he tenido a mis órdenes... Había solicitado el primer ascenso para ti. Camelia Cowan, la chica más bonita de Texas, y además hija del alcalde, te amaba como si fueses su vida misma. No lo entiendo. No lo entiendo, Jeff. ¿Realmente crees que el *whisky* vale más que todo eso?

De nuevo permaneció silencioso Jeff Collins, con los dientes apretados, como si quisiera partir el aromático cigarro.

—Está bien —murmuró Palmer—. No te haré más preguntas... Respecto a lo sucedido anoche, he conseguido aclararlo con Gilford. Va a olvidar incluso que le disparaste. Ya sé, ya sé: él iba a disparar contra ti, por la espalda. Pero no quería matarte. Sólo herirte, para evitar que pudieras causar mayores perjuicios en el pueblo. ¿Lo entiendes, Jeff?

—Sí.

—Bien. Aquellos dos tipos están en la enfermería del doctor Warren. Realmente fueron unos insensatos al meterse contigo, y personalmente opino que se lo merecían. Afuera tienes un caballo.

—No tengo caballo.

—Tienes uno ahora. Considéralo como un obsequio de despedida.

—Entiendo. Se me dan facilidades para que me vaya, y deje de ser la deshonra de los rurales.

Un destello de tristeza pasó por los ojos de Bob Palmer.

—Así es, Jeff. Los muchachos te recuerdan con afecto, pero todos están de acuerdo en que deberías ir a emborracharte a un lugar donde no haya un destacamento nuestro, ni sepan que tú perteneciste con todos los honores a los Rurales de Texas. Pero si decides no marcharte...

—Me iré. Gracias por el caballo.

Se quedaron mirándose. La situación era penosa para los dos, ciertamente. Pero parecía afectar mucho más a Palmer que al propio Jeff Collins. Pareció que Palmer fuese a decir algo, pero en aquel momento se abrió la puerta que

comunicaba la oficina del *sheriff* con el departamento de celdas y un rural, acompañado del propio Gilford entró precipitadamente y se colocó ante la puerta de la celda, inquieto.

—¿Qué ocurre, Harry? —frunció el ceño Palmer.

—Ha llegado un mensaje, señor. Importantísimo. Urgente.

—Bien..., veamos de qué se trata.

Sé puso en pie y caminó hasta salir de la celda quedando en el pasillo, con Gilford y el joven rural, que miraba fijamente a Collins.

—Hola, Jeff —murmuró.

—Hola, Harry —sonrió torcidamente Jeff.

El joven rural se mordió los labios y se volvió hacia Palmer, que esperaba la explicación. Jeff Collins estuvo mirando a los tres hombres mientras hablaban, con expresión tensa, pero en voz tan baja que no llegaba hasta él, contenida... Parecían excitados. De pronto Robert Palmer echó a andar hacia la salida. Se detuvo en seco y se volvió hacia Collins.

—La puerta está abierta, Jeff. Y fuera tienes el caballo. Adiós.

—Adiós, señor. Adiós, Harry... Saludos a todos los que quieran aceptarlos. ¿Todos estáis bien?

—Sí... Todos bien, Jeff.

—Me alegro mucho.

Palmer, el rural y Gilford salieron del departamento de celdas y Jeff Collins quedó allí sentado sobre el camastro, fumando. No tenía prisa alguna, porque nada tenía que hacer ni nadie le esperaba en ningún sitio. Cuando terminó el cigarro se puso en pie, salió de la celda del pasillo, y llegó luego a la oficina del *sheriff* de Dryden. No había nadie allí. Cuando salió al porche se dio cuenta de que algo importante estaba ocurriendo en Dryden. Había muchos hombres en la calle, corriendo de un lado para otro, llamándose a gritos, y todos ellos armados, la mayoría con carabinas y rifles. Resultaba gracioso ver a los pacíficos hombres de Dryden tan excitados y armados.

Estaban organizando una posse evidentemente. Algo estaba pasando. Algo que hacía necesaria la ayuda de todos los hombres disponibles en Dryden. Muy bien. Fuese lo que fuese, a él no le importaba nada.

Vio el caballo solitario amarrado a la barra y sonrió secamente. La silla era vieja, pero la habían limpiado bien. El caballo no estaba mal. Era, al menos, lo bastante bueno para alejarse de allí muchas millas en una sola jornada.

Montó desganadamente, y miró hacia la punta Norte de la calle. Hacia allá, como a un cuarto de milla del pueblo, estaba el cuartel de los rurales. Vio

algunos jinetes acercándose precisamente por aquella parte, y su boca se crispó cuando el sol del nuevo día se reflejó en las placas que llevaban prendidas en su pecho. Como un relámpago doloroso, que por su mente pasó aquel recuerdo de meses atrás: el capitán Palmer arrancándole a él la placa del pecho, desgarrando la camisa.

Movió las bridas, y el caballo se apartó de la barra. Iría hacia el Sur. Puesto que no le querían ya les ahorraría incluso el disgusto de verle. Iría hacia el Sur. Y mientras recorría al paso de su nuevo caballo la calle, se cruzaba con más hombres armados, con mujeres, con chiquillos, todos corriendo hacia donde, subido en una pila de barriles de cerveza, Gilford hablaba a gritos... No le importaba lo que estuviera diciendo.

De pronto, mientras cruzaba la plaza, su mirada fue hacia la mejor casa que había en ella. Fue puro instinto... Pero no se sorprendió al ver en el hermoso balcón de encima del amplio y blanco porche, a Camelia. Camelia Cowan, su amor. Ella lo estaba mirando a él. Solamente a él, como si no se diera cuenta de la agitación que reinaba en el pueblo. Y Jeff Collins la estuvo mirando a ella, volviendo cada vez más la cabeza como si ambos estuvieran solos en el mundo, hasta que quedó atrás, atrás, atrás... Cuando ya no pudo verla, volvió la cabeza hacia delante, y cerró los ojos, como requiriendo borrar aquella expresión sombría.

—Adiós, Camelia —susurró—. Adiós para siempre, adiós...

CAPÍTULO III

Detuvo el caballo media hora más tarde, a la sombra de unos robles, junto a un delgado riachuelo de aguas transparentes. Ya se había alejado suficiente para que no le viesan. No podían pedirle más. Sobre todo, sabiendo que él prefería cabalgar de noche. Eso lo sabían muy bien todos sus excompañeros. De noche, el rural Jefferson Collins había sido siempre igual que un puma: seguro, sin prisas, cauto y tenaz, incansable. Desde que había ingresado en los Rurales de Texas, ni una sola presa se le había escapado. Ni una. Sus compañeros sabían que salir de cacería con Jeff Collins era ir a cobrar una pieza segura. Evitaban el calor abrasador del sol, dormían siestas amables en lugares frescos, no se cansaban; no se asaban vivos bajo aquel sol de cien mil demonios. Pero cuando aparecía la primera estrella en el cielo, el descanso terminaba, y entonces cabalgaban hasta el amanecer, si era preciso. Sin una sola palabra, sin un solo gesto de cansancio, sin un solo fallo. Era como si Jeff Collins en lugar de seguir la pista igual que si sus ojos vieran en la oscuridad, supiera dónde iba a encontrar a los forajidos que perseguían.

Colocó el caballo a la sombra, cerca del agua, y le quitó la vieja silla. Había unas alforjas y sonrió secamente al encontrar víveres en ellas.

—Son unos buenos muchachos, de veras —dijo en voz alta—. Honradamente, no lo merezco. Es decir; no lo merezco de acuerdo con lo aparente.

Se quitó la cazadora y la camisa, se arrodilló junto al arroyo, se lavó, se enjuagó la boca que aún notaba pastosa, y finalmente metió la cabeza en el agua. Un poco más allá, el caballo bebía mansamente, sin duda muy satisfecho de aquel nuevo amo que le proporcionaba agua y fresca sombra cuando el sol comenzaba a apretar, en lugar de lanzarlo por los llanos ardientes.

Poco después, refrescado y más o menos peinado, ya tendidas al sol su camisa y su cazadora, se dispuso a prepararse algo para comer. Luego dormiría hasta que el sol...

Vio al jinete en cuanto apareció en la suave loma de color amarillento. Y su mano fue hacia donde, en los buenos tiempos había llevado un magnífico revólver. Esta vez, como otras muchas desde hacía meses, sus largos dedos se crisparon en el vacío. Pero casi enseguida entornados los ojos, su expresión cambió, al reconocer al jinete que se acercaba. Y permaneció inmóvil, esperando, hasta que se detuvo ante él.

Y se quedaron mirándose hasta que Camelia Cowan musitó:

—Me voy contigo, Jeff.

—Desmonta —dijo el exrural—. ¿Quieres comer algo? Tengo tocino, cecina, algunos huevos, judías, sal, azúcar y café. Es un regalo de despedida.

—Prefiero que sigamos nuestro camino.

—No me gusta cabalgar bajo el sol, a menos que sea absolutamente necesario. ¿Has traído *whisky*?

—No..., no..., no...

—Entonces, temo que no te necesito para seguir mi camino. De todos modos desmonta y descansa antes de volver a Dryden. ¿Te parece bien judías con tocino?

—Ya... ya he desayunado.

—Mejor. No soy tacaño pero prefiero poder ahorrar provisiones.

Camelia desmontó y se quedó mirando a Collins mientras éste comenzaba a preparar su tardío desayuno. En realidad, lo mismo le daba comer que no comer. Estaba acostumbrado a todo. Y no sólo desde hacía unos meses, sino desde siempre. Si había agua y comida, bebía y comía. Si no había nada, lo soportaba impertérrito.

—¿Adónde iremos, Jeff?

—Lejos de aquí. Eso, respecto a mí. Tú volverás con tu padre y con tu hermano.

—Yo iré contigo.

Collins no contestó a esto. Había pensado prepararse judías con tocino, pero le pareció excesiva molestia, así que cambió de idea y metió un par de lonchas de tocino dentro de un pedazo de torta de maíz. Recogió todo lo demás, lo dejó listo para ensillar y partir en cualquier momento, y se sentó a la sombra, de espaldas al tronco de un roble. Camelia se sentó a su lado, pero él se limitó a comer, mirando a lo lejos. Cuando terminó, pensó que sus excompañeros habían olvidado incluir tabaco en su equipaje de despedida, pero eso tampoco le importaba... Si tenía tabaco, fumaba. Si no tenía... pues no fumaba.

Como si Camelia no estuviese allí, se tendió y cerró los ojos. El silencio tenía como música de fondo el rumor del pequeño arroyo, y el canto intenso y monótono de cientos de cigarras gozando del calor.

—Jeff.

Jeff Collins no contestó. Ni abrió los ojos. Lo único que hizo fue apretar más los labios, en una dura mueca... que quedó como congelada cuando notó aquella suave, dulce frescura en ellos. Quedó inmóvil, rígido, mientras los labios de Camelia, en los suyos, iban depositando toda la dulzura que él recordaba tan bien. Fue un beso largo, larguísimo, dulcísimo, mientras, una mano de Camelia acariciaba la barbuda faz del exrural, que permaneció inmóvil, rígido, sin ceder ni un solo segundo en su actitud.

Por fin, Camelia se apartó. Collins continuó igual con los ojos cerrados.

—Debí hacerlo antes —tembló la voz de ella—. Debí decidirme antes. ¿Podrás perdonarme, Jeff?

Entonces sí abrió los ojos.

—¿Tengo algo que perdonarte? —musitó.

—Todo. No sé qué te pasó, pero no debió influir en mí. No debí dar importancia a nada. ¿Qué podía importar que yo fuese la hija del alcalde, la familia más respetada de Dryden, los más ricos? ¿Qué podía importar eso, Jeff?

—Algo debió importarte, cuando decidiste que no debíamos vernos más.

—Perdóname... Perdóname, amor mío, perdóname...

Lo volvió a besar, pero de nuevo permanecieron rígidos los labios de Jeff Collins. Y de pronto, la apartó bruscamente, con un rudo manotazo. Camelia quedó apoyada en el tronco del roble, mirándole con los ojos muy abiertos.

—No más juegos, Camelia —dijo Jeff, roncamente—. Aquello ya terminó para nosotros.

—Jeff, tienes que comprenderlo. Fui una pobre tonta, me dejé influenciar por las palabras de otras personas. Quizá no quieras perdonarme, pero tienes que comprenderme. Fue una impresión demasiado fuerte para mí. Eras... eras el mejor rural de todos y de pronto, te convertiste en el peor, te encontrabas borracho y hallaron muerto al representante del Banco que debías proteger. Lo habían asesinado y le habían robado el dinero que transportaba mientras tú estabas borracho. Tu obligación era acompañarlo y protegerlo hasta Sanderson, pero a mitad de camino, tú te emborrachaste, a él lo asesinaron, se llevaron todo el dinero... y no supiste dar ninguna explicación... Hasta creyeron que habías sido tú el ladrón, que lo habías simulado todo para quedarte con el dinero.

—No creo que tengamos que recordar mis viejos errores, Camelia.

—¿Por qué no? Aún recuerdo cómo me estremecí de miedo cuando dijeron que tú podías haber sido el asesino, que los estabas engañando a todos. Pero cuando le sacaron las dos balas al representante del Banco, vieron que eran de un 44 y no de tu 45. Muchos dijeron que la culpa podía ser también del representante del Banco, ya que era él quien llevaba siempre *whisky*, y que debía haberte incitado a beber, pero eso no... no te disculpaba... No sabías nada, no tenías la menor pista que ofrecer, no podías explicar por qué al representante del Banco lo habían matado ya ti no. Fueron demasiadas cosas, y te expulsaron por ellas. Cuando dijeron que Jeff Collins se había emborrachado nadie lo creyó, pero tú mismo declaraste luego que así había sido y ése fue el final...

—El final, en efecto. No hay más que hablar sobre ello, Camelia. Al menos, no tuviste mucho que decirme entonces. Simplemente me volviste la espalda.

—Perdóname —gimió Camelia, con los ojos llenos de lágrimas—. Por Dios, Jeff, perdóname. Fui una estúpida, una egoísta, lo que quieras. Pero no lo seré más... Nunca más, Jeff.

—Mucho has cambiado.

—No... No he cambiado. Enseguida comprendí que había obrado mal contigo. Hubiese querido decírtelo, volver a tu lado, pero tú me eludías, mi padre y mi hermano me vigilaban. No sabía qué hacer. Pero anoche al fin supe lo que tenía que hacer.

—¿Anoche?

—Sí... Se corrió la voz de que estabas disparando contra todo, borracho como nunca, y salí corriendo de casa para evitar que pudieras hacer algo que..., que... lo arruinase todo definitivamente. Y cuando vi a Gilford que iba a disparar contra ti...

—Quizá habría sido la solución.

—¡No! Y me alegro de que lo intentase, porque fue justo entonces cuando comprendí cuánto te amo, y lo poco que me importa todo si estoy contigo. Te amo, Jeff. Ahora y siempre, aunque haya sido egoísta y malvada contigo. Te amo, te amo, te amo...

De nuevo acercó Camelia Cowan su rostro al de Jeff Collins, barbudo, áspero, torvo. Y sus labios, dulces y sonrosados, se hundieron entre aquella maraña de barba negra y espesa, en busca de los del exrural. Una mano de éste entonces se movió, apoyándose en la blanca nuca femenina, apretando así con más fuerza los labios de Camelia contra los suyos.

Esta vez el beso fue mucho, muchísimo más largo, mientras seguía oyéndose a las cigarras y el rumor del arroyuelo de aguas frescas y transparentes.

* * *

Jeff Collins alzó vivamente la cabeza, apartando los labios de los de Camelia, y ésta suspiró profundamente.

—¡Jeff, podríamos...!

—Ssst...

—¿Qué...?

—Calla. Y no te muevas de aquí.

Él se incorporó y se alejó unos pasos, ascendiendo por la suavísima pendiente que encajonaba el riachuelo. Cuando llegó arriba se tendió de bruces y miró hacia el llano.

Cierto. El rumor que había oído lo ocasionaban unos doce o quince caballos al trote. Frunció el ceño a medida que iba mirando los jinetes. En verdad que estaban a considerable distancia, y quizá eso justificaba que no pudiese reconocer a ninguno, pero de todos modos le sorprendió un poco. Cuando se ha convivido con personas, no es necesario verles el rostro para identificarles. Basta la estatura, su conformación física e incluso su forma de montar. Y estaba seguro de que no conocía a ninguno de aquellos jinetes, que, sin duda, procedentes del Sur, se dirigían hacia Dryden.

Estuvo contemplándolos unos segundos, hasta que pasaron, y quedaron ya de espaldas a él, siguiendo su camino. Justo entonces, Camelia llegó a su lado y se tendió sobre la amarillenta hierba.

—¿Qué ocurre, Jeff?

—No lo sé. Supongo que nada. Aunque creí de momento que esos jinetes venían por mí, para lincharme.

—¿Qué... qué dices...?

—Es una tonta broma mía, Camelia —sonrió secamente Jeff—. Se me ocurrió que tu padre venía a por ti, acompañado de algunos amigos, para recuperarte y darme una lección, por mi insolencia de haber puesto los ojos en ti alguna vez.

—No digas esas cosas, Jeff... Deben ser algunos hombres de Dryden, que salieron poco antes de que yo lo hiciera detrás de ti.

—No... No son del pueblo, Camelia. Al menos no he reconocido a ninguno. Pero quizá después de tanto *whisky* ingerido, mi vista empieza a

fallar. ¿Hacia dónde fueron todos? ¿Hacia el Sur?

—No..., hacia el Norte.

—¿Hacia el Norte? ¿Estás segura?

—Claro.

—¿Qué está ocurriendo? ¿A qué se debía tanta excitación, tanta concentración de hombres armados?

—Iban a detener a Murdock.

—¿Murdock? ¿Weston Murdock?

—Sí.

—Supongo que te estás confundiendo. West Murdock es un tipo muy peligroso. El peor forajido que ha tenido Texas desde que terminó la Secesión. Y tiene una banda de casi treinta hombres, todos bien armados, con muy mala sangre, muy peligrosos... A él y a su banda se les puede calificar como el azote de Texas. No creo que Gilford y unos cuantos hombres del pueblo, con viejas escopetas, puedan tener la menor oportunidad de acercarse siquiera a esa banda... Y quizá sea mejor así, porque los harían pedazos.

—También fueron tus compañ... los rurales.

—¿Los rurales fueron con Gilford y los alguaciles interinos?

—Sí.

—¿Cuántos fueron?

—No sé. Me parece que casi todos... Antes de marcharme yo, salieron del pueblo no menos de cuarenta hombres, en total. Creo que se quedó un rural para atender el cuartel y Jimmy, el ayudante más joven de Gilford, para atender su oficina.

Jeff Collins se quedó mirando a Camelia con expresión poco menos que desorbitada.

—¿Salieron todos? ¿Están locos?

—¿Por qué dices eso? Querían acorralar a la banda de Murdock, y todos los hombres capaces de pelear se reunieron. Llegó un mensaje al cuartel de los rurales, diciendo que Murdock había sido visto en las quebradas del Norte, cerca del Little Dry River... Al parecer está toda la banda acorralada allí, y salieron para capturarlos. Oí decir a alguien que era una ocasión magnífica para terminar con toda la banda.

Collins se pasó la lengua por los labios, miró hacia el grupo de jinetes que cabalgaban hacia el pueblo. Ya solamente se veía la nube de polvo que levantaban los caballos. A aquella marcha, y sin prisas, los doce o quince jinetes estarían en Dryden antes de diez minutos.

—Ojalá esté equivocado —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente... Vamos: volveremos a Dryden, Camelia.

—¡No! ¡No quiero volver allí! Vámonos los dos de aquí, Jeff, para siempre. Yo escribiré a mi padre dentro de unos días, le explicaré... Tendrá que aceptar los hechos y...

—Volveremos a Dryden, Camelia.

—Pero... ¿por qué? No tenemos nada que hacer allí Jeff.

—Te equivocas —sonrió torcidamente el exrural—: Mike tiene un aceptable *whisky* en la cantina y yo no puedo pasar sin beber.

—¡Jeff! Oh, Dios mío.

—¿Acaso habías pensado prohibirme un trago de cuando en cuando?

—Yo... No, no... No, Jeff, pero...

—Olvídalo —Collins le pasó la mano por la nuca y la acercó suavemente a él—. Olvídalo, Camelia. Era sólo una de mis tontas bromas. Pero tenemos que volver a Dryden. ¿Estás de acuerdo?

Camelia Cowan parpadeó. De pronto, sonrió y sus ojos parecieron llenarse de luz.

—A partir de ahora, siempre estaré de acuerdo contigo, Jeff.

Jeff Collins asintió con la cabeza. Luego besó lentamente los labios de Camelia Cowan, que se le entregaron inmediatamente, tiernos y dulces como nunca. Cuando terminó el beso, Collins se quedó mirando aquellos grandiosos, maravillosos ojos.

—Nunca te haría daño en modo alguno, Camelia —musitó roncamente—. Nunca, ocurriese lo que ocurriese, sería capaz de lastimarte de ninguna manera Recuerda bien siempre esto.

—Sí, Jeff. Dios mío, he sido tan tonta y tan cruel contigo...

—Los dos hemos olvidado ya eso. Ahora, regresemos.

La volvió a besar, ahora brevemente, apenas rozando sus labios.

Dos minutos más tarde, ambos cabalgaban de regreso a Dryden.

Y una cosa segura: el exceso de *whisky* ingerido durante aquellos meses de amargura no había, perjudicado en modo alguno al fino instinto del exrural Jeff Collins.

CAPÍTULO IV

Lo primero que notaron al entrar en Dryden por el Norte, ya que Collins había querido rodearlo y aparecer por aquella punta de la calle, fue el gran silencio. El completo silencio. Y la ausencia de cualquier vecino en la calle. Parecía un pueblo bruscamente abandonado. Cierto que el sol comenzaba a estar alto y caía como un baño de plomo derretido, pero siempre, a aquellas horas, se veían personas yendo de un lado para otro, cumpliendo sus obligaciones. Y chiquillos jugando, especialmente cerca del establo de Morris, donde siempre había balas de paja y sacos de grano.

Ni siquiera se oía el martilleo de Morris sobre una herradura colocada en el yunque. El establo-herrería estaba tan en silencio como todo el pueblo. Nada ni nadie. Era como si la vida se hubiese quedado en suspenso.

—Qué extraño —murmuró Camelia—. Algo está ocurriendo, pero no consigo comprenderlo. Ni siquiera hay caballos. Fíjate, Jeff: se ven carros y tílburies, calesas... Pero sin caballos. Qué raro... ¿Qué estás mirando?

Camelia imitó a Collins, alzando la cabeza. En su dulce rostro apareció un gesto de sorpresa al ver a un hombre en lo alto de un tejado. Tenía un rifle en la mano, y los estaba mirando, inmóvil. Con el sol a la espalda, su sombra se proyectaba hacia el porche y llegaba hasta la calle, deformándose en el polvo. Pensó que Jeff había visto aquella sombra y por eso se dio cuenta luego de la presencia del hombre.

—Jeff, ¿qué pasa?

—Vamos al establo. Quizá Morris nos lo pueda explicar.

Dirigió el caballo hacia allí. Su gesto se había fruncido. Ojalá se equivocase, pero tenía la certeza de saber lo que estaba ocurriendo. ¡Ojalá se equivocase!

Entraron montados en el establo, sumido en la penumbra. Pero enseguida se dieron cuenta de que estaba atestado de caballos. Todos los caballos que faltaban en la calle, estaban allí. También vieron a Morris, sentado sobre una bala de paja. Y a dos hombres desconocidos, asimismo sentados en sendas balas de paja: Cada uno de ellos tenía una botella de *whisky* en la mano

izquierda, y la derecha muy cerca del revólver. Los miraban con una expresión irónica, sarcástica, pero no parecían tener nada que decir. Lo primero que parecían haber notado era la ausencia del arma en Jeff Collins, y en la silla de su caballo..., lo cual sin duda aumentó su irónica complacencia.

—¿Pueden atender a nuestros caballos? —preguntó Jeff, con toda naturalidad, se dio cuenta de que Morris iba a decir algo y se apresuró a añadir—: Somos forasteros, y nos dirigimos hacia México. Quisiéramos descansar antes de seguir el viaje.

—Eso está bien pensado —dijo uno de los dos desconocidos—. ¿Verdad, Clem?

—Verdad, Exton. Desmonte, desmonte...

—Gracias —murmuró Jeff.

Descabalgó, y ayudó a Camelia a hacerlo. Se dio cuenta de las miradas que los dos sujetos dirigían a su dulce compañera, pero, aparentó no darse cuenta. Mas no se sorprendió, ni se alteró, cuando el llamado Clem, preguntó:

—¿Es su mujer ésta linda jovencita?

—Sí.

—Pues enhorabuena... ¿Verdad, Exton?

—Verdad —sonrió Exton—. ¡Muchas enhorabuenas!

—Gracias otra vez —sonrió nuevamente el exrural—. Nos gustaría asearnos un poco, y comer algo mientras atienden nuestros caballos. ¿Hay algún hotel aceptable aquí?

—Seguro... ¡Seguro! Para usted tenemos un hotel estupendo, donde podrá comer y descansar muy bien. Además no tendrán que pagar ni un centavo, porque vamos a invitarlos, ¿verdad, Clem?

—Verdad, Exton. Pero... ¿a qué podríamos invitarlos?

—Son ustedes muy amables —murmuró. Collins—. Pero no se molesten. Nosotros nos arreglaremos si nos dicen adónde podemos ir...

—¡Pero si han venido al sitio más indicado! Tenemos exactamente lo que necesitan usted y su linda muñeca. ¿Verdad, Exton?

—Seguro, Clem, lo tenemos.

—Bien... Francamente —Jeff miró a su alrededor sonriendo tímidamente, si es que esa expresión podía caber en su torvo rostro—. Yo creo que lo que necesitamos no puede estar en un establo.

—Que sí, hombre, que sí... ¿Qué se apuesta?

Collins no contestó. Los dos hombres lo estaban tratando con sarcástico desdén, sin mirarlo siquiera. Hablaban con él, pero no apartaban los ojos de Camelia, que se había tomado de una mano del exrural, inquieta.

Los amables Clem y Exton, siempre sin dejar de mirarla, alzaron sus respectivas botellas y bebieron un largo trago. Ciertamente el rostro de Jeff Collins resultaba poco amistoso y simpático, pero el de los dos sujetos aún era peor: iban todavía más sucios, más barbudos, más polvorientos, y se veían sus uñas largas, negras de suciedad muy antigua en las puntas. Sus gajates se movían ávidamente ingiriendo el *whisky*. Hasta que, de pronto bajaron las botellas y con unos chorlitos de *whisky* deslizándose por la barbilla, Exton dijo:

—Sí, señor: exactamente lo que ustedes necesitan. Vaya que sí: un buen montón de paja para que usted coma, y un buen montón de paja que servirá de confortable lecho a su palomita. Apuesto a que ella está tan cansada que nos agradece la idea. Me la imagino ya, tumbadita en la paja, sonriéndonos a Clem y a mí... Usted ya sabe, amigo: esa sonrisa que una mujer tiene siempre para un hombre... Me comprende, ¿verdad?

Morris se enderezó, y Camelia palideció intensamente. Jeff Collins inalterable asintió con la cabeza.

—La idea de ustedes es buena —admitió—. Pero Camelia sólo sonríe de ese modo cuando soy yo quien la contempla.

—Camelia... ¡Camelia! —Exton puso los ojos en blanco, como en éxtasis—. ¡Qué nombre tan bonito! Pero usted es un egoísta, señor, no está bien querer ser dueño absoluto de una chica tan bonita... ¿No es verdad, Clem?

—¡Vaya si es verdad! Además, ese forastero es un desagradecido. Le estamos diciendo que vamos a hacer feliz a su palomita y que lo invitamos a él a comer paja, y la idea no acaba de gustarle. ¿Qué más podría pedir, eh? ¡Felicidad para su palomita y paja fresca para él!... ¡Demonios! ¿Qué más podría pedir?

—Quizá le gustaría tener un revólver —sugirió Exton—. Pero resulta que no lo tiene. ¿Por qué no tiene usted revólver, amigo?

—No lo necesito —dijo Collins.

—¿Qué me dice? Oh, vamos, vamos, no sea bromista, hombre. Por estas tierras hay que andar siempre con un revólver al alcance de la mano. Hay gente muy mala, ¿sabe? Sin ir más lejos hemos oído que West Murdock anda por estos lugares. ¿Ha oído hablar de West Murdock?

—No.

—¿No? Pues entonces, usted es sordo... o tonto. Y los tontos, tienen que comer paja como los burros. Así que, para curarle un poco su tontería, comerá paja. Clem le dirá cómo tiene que hacerlo, mientras yo detrás de esas balas de

paja, voy a ver si consigo que su palomita me dedique a mí una de esas dulces sonrisas. ¿Te parece bien que yo sea el primero, Clem?

—¿Qué más da? —sonrió éste—. Yo me divertiré invitando a paja a nuestro amigo, mientras tanto. Y no te des prisa. Lo bueno hay que disfrutarlo lentamente.

—Eres un buen amigo —sonrió Exton.

Dejó la botella a un lado, se puso en pie, y se acercó a Jeff y Camelia. Tomó a ésta de un brazo y dio un tirón. Camelia lanzó un grito y se aferró con ambas manos al brazo de Collins, que apenas inició un movimiento, se detuvo, al ver el revólver en la mano de Clem. Exton había ladeado la cabeza y miraba a uno y otro sonriendo.

—A lo mejor yo le gusto tanto a su mujercita que ella está deseando venirse conmigo y quedarse viuda de usted. ¿Verdad que estás deseando quedarte viuda, encanto?

—Jeff —gimió la muchacha—. Jeff, no permitas.

—Ve con él.

—¡Jeff!

—Te digo que vayas con él. Hay que seguir siempre la corriente del río, Camelia. Y si la hospitalidad de este pueblo es así, habrá que aceptarla.

—Usted es un tío listo —aprobó Exton—. Vamos, palomita: nos espera un grato descanso en la paja fresca.

Volvió a tirar del brazo de Camelia, y el propio Collins se desasíó de su brazo los dedos de la muchacha. Camelia parecía tan aturdida que ni siquiera acertó a protestar. A tirones, Exton la llevó detrás de las balas de paja, rodeados de caballos por todas partes. De un empujón, la derribó, y ambos desaparecieron de la vista de Collins, Morris y Clem. Un segundo después, se oyó el alarido de Camelia, mientras Morris al fin volvía su mirada hacia Collins, con una expresión, de desprecio absoluto. Camelia volvió a gritar, pero el grito quedó sofocado enseguida. Se oía el rumor de la lucha cerca de los tres hombres.

—Supongo que yo tendré que comer paja mientras tanto —musitó Jeff.

Clem lo miró entre desconcertado y divertido.

—Amigo, usted es un tipo como no hay otro. Coma toda la paja que quiera y que aproveche.

—Gracias, muy amable.

Jeff Collins se acercó al montón de paja suelta, se inclinó... y sus largos, fortísimos dedos, se crisparon en la horquilla de madera con la que tantas veces había ayudado a Morris a limpiar el establo. Una horquilla de una sola

pieza, de tres largas puntas endurecidas al fuego, de unas quince pulgadas de longitud cada una. Sin una vacilación, con una rapidez que suprimía cualquier posible reacción del tal Clem se volvió, alzó la horquilla con una mano, la sujetó también con la otra por el centro del mango, y lanzó un seco golpe, a la altura de la garganta de Clem.

Éste solamente tuvo tiempo de abrir mucho los ojos. Una milésima de segundo después la punta central se hundía en su garganta completamente, y lo clavaba contra una bala de paja que tenía a su espalda. Quedó allí como agarrotado, con los ojos desorbitados, hundida la parte posterior de su cabeza en la paja, debido a la presión de la horquilla.

Morris se había puesto en pie de un salto, lanzando una exclamación..., mientras de un salto mucho más rápido, Jeff Collins rebasaba la pila de balas y caía en el montón donde Camelia, con las ropas desgarradas, gimiendo, luchaba contra Exton, que buscaba su boquita con su bocaza porcina.

Fue el primero en darse cuenta de que algo no iba bien. Notó como una garra gigantesca en su cuello, se sintió alzado, giró, y, al mismo tiempo que veía aquellos ardientes ojos inyectados en sangre, recibía el primer puñetazo, justo, exacto, preciso, en la boca del estómago. Sólo esto fue suficiente para que Exton olvidase que tenía el revólver al alcance de su mano. El dolor fue tan intenso como si acabaran de partirlo en dos.

El siguiente golpe llevaba la fuerza de diez coces de mula, y Exton tuvo la sensación de que su estómago, todo su cuerpo, se volvía del revés. El tercer golpe, en la barbilla, le partió ambas mandíbulas como si fuese de pasta de galleta.

Y durante unos segundos más Jefferson Collins, exrural, exborracho, estuvo demostrando que, efectivamente, él no necesitaba armas. Al menos, para entendedérselas con dos bichos de tan poca importancia como aquéllos.

Cuando soltó a Exton, éste se desplomó como un saco medio vacío, lentamente, con los ojos mostrando la córnea, la boca sangrante, abierta, las mandíbulas colgando extrañamente, las cejas partidas. Tendida de bruces en la paja, protegiendo el rostro con las manos, Camelia Cowan lloraba con profundos estremecimientos mientras en el alto de un montón de balas de paja, Morris había asistido, demudado el rostro, a la feroz paliza a manos limpias.

Por fin, Jeff se arrodilló junto a la muchacha y le puso una mano en el hombro, visible entre los desgarrones del vestido.

—Camelia... Camelia...

Le dio la vuelta, y ella alzó los brazos y se abrazó a él sollozando.

—Cálmate... Cálmate, querida.

—¡Oh, Jeff, debí comprender que tenía que ayudarte!

—Ya ha pasado. Olvídalo.

—He vuelto a fallarte. Debí comprenderte.

—Está bien, Camelia. Pero jamás vuelvas a olvidarlo: nunca, ocurra lo que ocurra, haré nada que te lastime, ni permitiré que lo hagan otros.

—Nunca jamás lo olvidaré, Jeff, nunca.

—Está bien —sonrió él—. Mira si tienes un pañuelo y seca esas lágrimas. Te dejaría el mío, pero está demasiado sucio. ¿Todo va bien?

—Sí, Jeff... Siempre irá todo bien, contigo...

Él la ayudó a levantarse, y la estuvo contemplando risueño, mientras ella se secaba las lágrimas, y luego, sofocada, colocaba los jirones de su vestido lo mejor posible. Por fin Collins se volvió hacia Morris, que tras examinar a Exton, permanecía en pie junto a él.

—Está muerto —susurró.

—Ya lo sé —dijo Collins.

Morris se estremeció ligeramente, y se lo quedó mirando. Por un instante, recordó a Jefferson Collins como había sido meses atrás, y entonces le pareció más lógico. Era difícil reconocer, recordar el anterior aspecto del exrural, siempre bien afeitado y con un gesto amable en sus ojos, y relacionarlo al torvo individuo barbudo de rostro sumido y ojos ardientes que tenía delante.

De pronto, Jeff fue adonde yacía Exton, y le quitó el cinto. Se lo colocó rápidamente, sacó el revólver y abrió el cilindro, asintió sombríamente al verlo completamente cargado. Luego, salió de allí y fue donde Clem continuaba clavado en la paja, y le quitó también su cinto. Le entregó el revólver a Morris, en silencio, y se colocó el cinto en bandolera. Por último, se acercó a la gran puerta y se asomó sólo lo justo para echar un vistazo sin que pudieran verlo a él.

—Bien —se volvió hacia Morris—. ¿Qué ha pasado?

—Llegaron una docena de hombres, se apoderaron del pueblo, trajeron aquí todos los caballos que vieron, y luego fueron al Banco.

—¿Al Banco?

—Sí. Yo los vi. Salieron unos minutos después, con unas sacas de lona que supongo estaban llenas de dinero.

Collins sonrió secamente.

—¿Estás bromeando? No hay en todo Dryden dinero suficiente para que valga la pena venir aquí.

—Sí hay dinero —susurró Camelia.

—¿Estás segura? —la miró fijamente Jeff.

—Sí... Hace algunas noches lo oí en casa. Mi padre lo comentó cuando estábamos cenando. Pero nos pidió a Reginald y a mí que no hiciéramos comentarios con nadie sobre ello, y mi hermano y yo le dijimos que por nosotros nadie sabría nada.

—¿De quién es ese dinero?

—Es un traslado de la central del South Texas Bank a una sucursal cerca de la frontera me parece. Desde que... Bueno... Desde que pasó aquello contigo, Jeff, utilizan siempre un sistema diferente. Si no entendí mal a papá, ese dinero llegó en una carreta y dentro de unos días habría seguido su viaje en otra carreta me parece.

—Toman muchas precauciones —sonrió Jeff—. ¿Cuánto dinero enviaban esta vez?

—Unos cuarenta mil dólares, me parece.

—¡Fiuuu...! —silbó Morris—. ¡Si lo llego a saber hasta yo habría asaltado el Banco!

—¿Qué dices?

—Nada... Nada. Pero no entiendo esto, Morris: si ya tienen el dinero; ¿qué están esperando? ¿Por qué permanecen en Dryden?

—Que me maten si lo sé. Deben estar locos. O borrachos. La mayoría de esos tipos están en la cantina.

Con el dinero, desde luego. Yo estaría ya a mil millas de aquí, si tuviera cuarenta mil dólares robados... No lo entiendo.

—Creo que yo sí... Están esperando a West Murdock.

—¿A West Murdock? ¡Imposible! Murdock está acorralado en Little Dry River, y los rurales y la posse salieron para...

—Ha sido todo una treta... Una ingeniosa, astuta treta... ¿De verdad no lo comprendes? West Murdock, en efecto, pasó por Little Dry River, y se las arregló para que quienes le perseguían, creyesen que lo tenían acorralado. Y como Little Dry River está relativamente cerca de Dryden, pidieron ayuda al destacamento de los Rurales de Texas, para cazarlo en las montañas. Pero, en las montañas, había sólo media banda de Murdock. La otra media banda estaba cerca de Dryden, esperando a que los rurales y la posse se alejasen. Cuando así ocurrió, vinieron aquí, y con toda tranquilidad se han apoderado del pueblo y del dinero. Mientras tanto Murdock y el resto de su banda que deben conocer muy bien Little Dry River y todos sus vericuetos de montañas, han escapado ya de allí. Y mientras todos creen que tienen acorralada a la banda, ésta ha venido a Dryden, sin nadie que pueda hacerles frente. Ya

tienen dominado el pueblo, ya tienen todo el dinero. Ahora están esperando que West Murdock y los demás lleguen aquí, después de burlar a quienes creen tenerlos acorralados en las montañas que encajonan Little Dry River. Cuando llegue Murdock, se irán tranquilamente. El asalto más perfecto que jamás he oído.

Camelia y Morris estaban boquiabiertos, estupefactos. Por fin, el propietario del establo lanzó un bufido.

—Maldita sea... Encima se reirán de nosotros, de todo el pueblo.

—Eso es lo de menos. ¿Desde dónde enviaron el telegrama del cuartel de rurales?

—Creo que fue desde Benton.

—Bien. Me las arreglaré para llegar hasta la estafeta del pueblo y...

—Hay dos tipos más allí, me parece. Y además creo que cortaron los hilos.

—No. Eso no lo han hecho, Morris.

—Pues a mí me pareció...

—No. Si cortan los hilos, en Benton se darían cuenta de que algo estaba ocurriendo. En Benton y en cualquier otro lugar desde el cual envíen telegramas. No han cortado los hilos. Pero sí deben tener vigilada la estafeta, y al pobre Spencer, que debe estar muerto de miedo. Bien, algo habrá que hacer.

—Escucha, Jeff, no cuentes conmigo para eso... Son catorce hombres peligrosos. Ya sé que soy viejo, y que me queda poca vida, pero... me gustaría vivirla.

—Entiendo. Está bien, intentaré encontrar ayuda por ahí...

—No creo que te dé resultado. Bueno, hay algo que no te he dicho aún: tienen rehenes en la cantina, por si alguien se le ocurría molestarlos. No sólo han recogido los caballos, sino que si alguien intenta algo, matarán a los rehenes.

—Una gran jugada. ¿Han matado a alguien?

—Por ahora, no, que yo sepa. Y ojalá sea así. Qué demonios, el dinero no es nuestro, ¿verdad?

Collins dirigió una hosca mirada a Morris.

—¿Qué clase de rehenes tienen? —gruñó.

—Tienen al doctor Huberts, a Cameron y su mujer, los del General Store, a la viuda de Hays, varios niños...

—¿Niños? —palideció Collins.

—Sí. Cinco o seis niños. También está allí... Bueno... —miró de reojo a Camelia—. Está también el señor alcalde.

Camelia palideció más aún y lanzó un gemido. Jeff le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquilízate... Procuraremos arreglarlo todo, Camelia. Pero tendrá que ser pronto —quedó pensativo unos segundos—. Sí, tendrá que ser pronto, porque West Murdock y el resto de la banda no tardarán mucho en llegar. Como máximo, tres o cuatro horas... Lo justo para asegurarse de que no pueden verlos salir de Little Dry River y llegar hasta aquí, dejando como tontos a todos los que creen tenerlos acorralados. ¿Qué hay de Jimmy, el ayudante de Gilford que dejó en la oficina?

—No tengo ni idea. No sé. No le he visto.

Se calló bruscamente, porque de pronto desde la calle llegó el grito de un hombre y luego unas palabras que no pudieron entender. La respuesta llegó aún de más lejos, y por su procedencia Collins comprendió que la había dado el hombre que habían visto él y Camelia en el tejado.

Estuvieron los tres como petrificados unos segundos, hasta que a sus oídos llegó el tintinear de unas espuelas, acercándose.

—Alguien viene hacia aquí —musitó Morris.

—Silencio. Esconderos. ¡De prisa!

Empujó a Camelia y a Morris, y él fue rápidamente a la fragua. Entre un montón de herraduras y hierros vio un cuchillo a medio forjar todavía sin mango, que Morris estaba haciendo desde hacía varios días. Lo tomó por la punta y se colocó detrás de una bala de paja.

El tintinear de las espuelas se oía cada vez más cerca, y de pronto apareció en la entrada un hombre, deslumbrado por el sol, entornados los ojos caminando decidido hacia el interior, diciendo:

—Hey, Clem, Exton, id a tomar unos tragos con los demás. Bronson dice...

Algo debió ver, porque se detuvo en seco, y su mano fue velozmente hacia el revólver.

Sí. Algo había visto... Seguramente, a Jeff Collins, apartándose de la bala de paja, en alto el brazo derecho, con el cuchillo inacabado sujeto entre sus dedos.

Se oyó el silbido del cuchillo y el recién llegado lanzó un gemido. Llegó a sacar el revólver, pero ya el impacto de la hoja de acero en el centro del pecho lo estaba empujando hacia atrás.

Cuando quedó tendido de espaldas sobre las briznas de paja, con los ojos abiertos, ya estaba muerto.

CAPÍTULO V

Camelia se tapó los ojos con las manos cuando Collins apareció cargado con el cadáver, y lo dejó junto al de Exton. Luego Collins fue a buscar el de Clem, y también lo tiró allí, fríamente, como si fuesen tocinos sacrificados.

Y ya iban tres.

—Un tal Bronson comenzará a echar pronto de menos a Exton ya Clem —murmuró Jeff—. Tenemos que actuar rápidamente.

—¿Qué podemos hacer nosotros tres solos? —preguntó roncamente Morris—. Además, no hay que olvidar a los rehenes, Jeff.

—Sí, eso es algo que deberemos tener muy en cuenta. Camelia, ¿estás bien?

—No... no sé..., Jeff...

—Tienes que sobreponerte. Solamente tú y Morris podéis ayudarme. Tengo una idea, pero os necesito a vosotros para llevarla a cabo. Venid... Hay rifles de sobra en estas sillas de montar. Quiero que toméis uno cada uno, y que tengáis los demás al alcance, por si se agota la carga de los primeros.

Colocó un rifle en manos de Camelia, y otro en las temblorosas manos del viejo herrero. Luego fue dejando los otros sobre balas de paja, y señaló un grupo de éstas.

—Os colocaréis ahí, y si alguien entra, disparad. No tengáis miedo de malgastar balas: disparad hasta aseguraros de que lo habéis matado. ¿De acuerdo?

—Sí, Jeff —tembló la voz de Camelia.

Morris no dijo nada y Collins no quiso insistir.

—Voy a ir al cuartel a ver qué está pasando allí. Si no vuelvo y veis que vienen a por vosotros, todos a la vez, no les hagáis frente. Advertirles que si no retroceden mataréis todos los caballos. ¿Está todo claro?

—¿Tendremos que matar caballos? —tartamudeó Camelia.

—Sin caballos se sentirán perdidos. Estoy seguro de que piensan marchar a México con el dinero robado, pero para eso necesitan los caballos. Hacedles esa amenaza y tendréis buenos resultados. Como la mayoría de la gente ha

salido de Dryden a caballo, sólo deben quedar éstos, unas cuantas mulas desperdigadas por algunos corrales y quizá algunos caballos de tiro. Por tanto querrán éstos. Así que recordad bien esto: mientras tengáis los caballos, dominaréis la situación en cierto modo. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues hasta luego...

—Jeff —Camelia le asió de una manga—. ¿Vas a dejarme aquí?

El exrural la miró fijamente.

—Puedo hacer otra cosa, si lo deseas, Camelia: puedo quedarme aquí, esperar a que venga Murdock con el resto de la banda, con más caballos, y que entonces a esa gente no les importe matar a todos los rehenes, prender fuego a este establo con nosotros y los caballos dentro y marcharse con el dinero, dejando el pueblo en llamas y lleno de muertos. ¿Me quedo?

Camelia movió negativamente la cabeza. No tenía voz. Pero sí tuvo alientos para besar al rural expulsado, en la boca, temblorosamente. Collins le acarició la barbilla, sonriendo torcidamente. Luego, se subió al montón de balas de paja, saltó al altillo, amontonó unas balas y alzó la trampilla que daba al tejado de madera. Salió a pleno sol, tendiéndose inmediatamente sobre el tejado. Desde allí, vio perfectamente al hombre que vigilaba la entrada del pueblo por su parte norte, también en un tejado.

Pero no entraba en sus planes atacarlo, por el momento. Se dejó resbalar, y cayó en la parte de atrás del establo. Luego, a campo través, se dirigió al cuartel de los Rurales de Texas. Allá había un telégrafo. Y un rural. Un solo rural vigilando, cuidando todo un cuartel. Si estaba dominado por aquella gente, lo ayudaría, y podrían utilizar el telégrafo para enviar un mensaje.

Cuando llegó al cuartel, sentía los fuertes latidos de su corazón. Hacía meses que no entraba allí, y ahora se disponía a entrar saltando la empalizada por la parte de atrás.

—Quizá algún día pueda entrar por la puerta grande —pensó.

De un salto, llegó al borde de la empalizada. Se subió a pulso, y miró al interior. Allá estaba la gran explanada, los corrales, el barracón, el pequeño calabozo, las oficinas en las que tantas veces había recibido órdenes de Robert Palmer, su capitán. Órdenes y felicitaciones. Tantas felicitaciones como órdenes.

No se veía nada. No se veía a nadie. Igual que el pueblo, el cuartel parecía abandonado. Saltó la empalizada, y se dirigió hacia las oficinas, sombreadas por el bien cuidado porche. Era un cuartel agradable, siempre limpio, ordenado... Mientras, acuclillado junto, al gran abrevadero exterior aguzaba

los oídos en busca de cualquier sonido revelador, pensó que sí valía la pena su sacrificio. Había perdido mucho a cambio de poco. Aunque también esto tenía dos puntos de vista, ya que, al fin y al cabo, lo había hecho por Camelia. Sólo por ella. Por nadie más. Y aunque no fuese ella la beneficiada directamente...

Dejó de pensar, bruscamente, cuando a sus oídos llegó un silbido. Alguien estaba tatarando una canción dentro, de las oficinas. Se preguntó si sería posible que fuese el rural dejado de vigilancia, pero este pensamiento le hizo fruncir el ceño. Era poco probable que el rural no se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo en el pueblo. Y además, una acción tan bien organizada como la de la banda de Murdock, no podía pasar por alto la presencia aunque fuese de un solo rural, en aquel cuartel tan cerca del pueblo.

Encorvado, rodeó el abrevadero, y pasó al otro lado... Sus pies quedaron clavados en el suelo, su corazón pareció detenerse, su rostro quedó lívido.

—Martin...

Se arrodilló junto al hombre tendido, retorcido, al otro lado del abrevadero. Tenía los ojos abiertos, la boca crispada en una mueca de dolor, de furia... Al moverlo ligeramente, el sol destelló en la estrella de cinco puntas que llevaba prendida en la camisa y en la gran mancha de sangre que tenía en el pecho. Ni siquiera había sacado el revólver de la funda.

Jefferson Collins pasó una mano por el rostro del rural Martin Tuys, bajando aquellos párpados rígidos, fríos. Y mientras lo hacía, y notaba aquel escozor rabioso en los ojos, a sus oídos continuaba llegando aquella canción silbada.

Como una fiera llena de odio, el exrural alzó los ojos hacia la oficina. Luego, volvió a mirar la placa de Martin Tuys... Vaciló... Por fin, con dedos un tanto temblorosos, la desprendió, y la clavó con seco gesto en su cazadora. Lo había hecho muchas veces. Muchas... Era un gesto muy conocido en él, rápido, seguro. Cuando tuvo la estrella prendida en el pecho, tragó saliva, y bajó la cabeza para mirarla. Jamás debió perder la suya, jamás...

Se incorporó, y subió a la acera de tablas, quedando a la sombra del largo porche. Sin hacer el menor ruido se dirigió a las oficinas, y echó un rápido vistazo por una ventana, a ver al hombre. Estaba sentado ante la mesa del cabo Simmons, ayudante de Palmer, con los pies sobre aquélla. Tenía un cigarrillo en los labios, y continuaba silbando, tranquilo, como si fuese él amo del mundo, o, al menos, de aquel cuartel de los Rurales de Texas.

Un gran error.

Pasó agachado bajo la ventana, sacó el revólver, abrió la puerta con la mano izquierda, de pronto, y quedó en el umbral, entornados los ojos,

brillantes de perversidad, fijos en el forajido. Éste lanzó un respingo, bajó los pies de la mesa, y llevó la mano hacia su revólver.

Sin pronunciar una sola palabra, Collins alzó un poco más su mano armada, y el revólver, pequeño en su manaza, debió parecerle al sujeto poco menos que un cañón listo para el disparo. Quedó inmóvil, con la mano sobre la culata del arma, fijos sus espantados ojos en la de Jeff y luego, en la placa que éste llevaba en el pecho.

—Eres un muchacho listo —susurró Collins—. Ponte de pie, con las manos en alto. Y contesta enseguida a esta pregunta: ¿has sido tú quien ha matado al rural que hay ahí fuera?

El hombre vaciló pero acabó poniéndose de pie, alzando, las manos. Lo que no hizo fue contestar a la pregunta, pero realmente, Jeff no necesitaba la respuesta. Sonrió siniestramente, y dirigió una veloz mirada de reojo hacia el pequeño cuarto cuya puerta estaba abierta, dejando ver el telégrafo.

—Muy listo —repitió siempre en un susurro—. Apuesto a que hasta sabes manejar un telégrafo, y si llega algún mensaje te las arreglarías para contestar más o menos bien. ¿Cierto?

—Sí.

—Perfecto. Camina hacia el telégrafo: vas a ser tú quien envíe un mensaje. ¡Vamos!

Entraron los dos en el pequeño cuarto y Collins señaló la silla.

—Siéntate y comienza a transmitir. El mensaje es para las autoridades de Benton, y dice así: «Dryden en poder de la banda de Weston Murdock. Punto. Murdock no está en...».

Parecía haberse descuidado mucho mientras hablaba, y el forajido dejó de transmitir, volviéndose hacia él rápidamente, sacando su revólver. Collins estaba en desfavorable postura con respecto a él, y parecía que no iba a poder utilizar su arma.

Y era cierto.

Pero mientras el forajido, lanzando un alarido de triunfo, sacaba su revólver, el inacabado cuchillo que ya había sido utilizado una vez, apareció en la mano izquierda de Collins, quien, con un gesto rápido, feroz, seco, lo hundió en el vientre del pistolero. Éste quedó como paralizado, pero sólo un instante. Inmediatamente, mientras sus ojos giraban en las órbitas, todo su cuerpo se estremeció con violencia, y de la sacudida, el revólver cayó al suelo. Un segundo después, también caía el forajido, empujado por Jeff con un dedo de la mano derecha.

Se quedó mirándolo con seca sonrisa.

—Muy agradecido por la oportunidad que me has dado, amigo. No me hubiera gustado abrirte el estómago a sangre fría.

Se sentó ante el telégrafo y acabó de enviar el mensaje. Sólo vaciló a la hora de firmar el telegrama. Pero su vacilación duró poco. Firmó con el nombre de Martin Tuys.

Agarró al forajido por el cuello de la cazadora, y tiró de él, arrastrándolo hasta el porche. Lo dejó allí, a pleno sol, agarrotado por la dolorosa muerte con las entrañas destrozadas. Tomó en brazos al rural muerto, y lo llevó al barracón, donde lo dejó sobre una de las literas. Durante unos segundos, estuvo mirándolo sombrío.

—Te he vengado, Martin... Pero eso es poca cosa, ¿verdad?

Salió del barracón, fue al establo, y salió muy pronto, tirando de la soga que rodeaba el cuello de una mula. Todavía quedaban dentro tres mulas más, pero no servirían de gran cosa a diez forajidos que todavía quedaban en Dryden. Lo máximo que podía ocurrir era que todos se peleasen por conseguir una mula... Y eso sería... divertido.

Colocó el cadáver del pistolero cruzado en el lomo de la mula, y se dirigió hacia la gran puerta doble. La abrió, salió, y la volvió a cerrar, ajustando ambos batientes de troncos. Luego, tiró de nuevo de la soga, caminando hacia Dryden. A poca distancia de la entrada dio unas palmadas en la grupa de la mula, que avivó un poco el paso hacia el pueblo.

Collins se fue por otro lado, acercándose también. Llegó por fin junto a una vieja carreta, en la entrada del pueblo, y sonrió al ver como el vigilante del tejado se acercaba mucho al borde, con gestos excitados. Debía estar a unos sesenta metros. Es decir, casi al límite del alcance de un buen revólver. Aunque, ciertamente, eso dependía de quien manejase el revólver.

Sacó el suyo, lo alzó como desganadamente y esperó a que el hombre empezase a gritar avisando de que algo estaba ocurriendo. Entonces, Jeff Collins, apretó el gatillo, sin apuntar aparentemente.

El hombre del tejado se enderezó, crispado, lanzando un chillido, enviando a lo alto su rifle. Luego, todavía chillando, cayó hacia delante, rebotó en el tejado del porche y de allí, grotescamente, trágicamente, cayó sobre el polvo de la calzada, retorcido, de bruces.

En la calle comenzaron a oírse gritos de hombre, pero Collins, desdeñosamente, los ignoró. Se alejó hacia la parte de atrás de la calle y poco después estaba de nuevo, en el tejado del establo de Morris, junto a la trampilla abierta.

—¡Morris! —llamó—. ¡Soy Jeff!

Se dejó caer sobre las balas de paja y luego saltó del altillo. Camelia apareció en el acto, y se abrazó a él gimiendo de alegría.

—¡Jeff, creí...!

—Todavía estoy vivo, me parece. Cálmate, querida.

—¿Qué... qué ha pasado? —se interesó Morris asustado.

—Sólo les he hecho una pequeña demostración... de fuerza. Vamos a esperar a que se convenzan.

—Que se convenzan... ¿de qué?

—De que algo no les está saliendo bien. Tú quédate aquí, Morris. Y si alguien asoma la nariz por la trampilla, dispara. Pero apunta a algo más grande que la nariz. Nunca tiraste bien.

Parecía de excelente humor, aunque en el fondo de sus ojos persistía la expresión sombría. Le quitó el tabaco y el papel de fumar al ya rígido Exton y lió un cigarrillo, bajo la maravillada mirada de Camelia. Lo encendió, fue a echar un vistazo por la puerta, y se apartó rápidamente.

—Me parece que están empezando a darse cuenta. Caramba, ¡una botella de *whisky*!

Como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que Exton y Clem habían dejado allí sus botellas, recogió una, en la que quedaba solamente media pulgada de licor, pues el resto se había vertido en el suelo. Lo apuró de un trago, sonrió, y miró amablemente a la sobrecogida Camelia.

—Es difícil dejar de ser borrachín, de pronto, Camelia.

—Jeff, por favor...

Collins volvió a sonreír. Tomó uno de los rifles que les había dejado preparados a la muchacha y a Morris y volvió a acercarse a la puerta.

—Si veis que levanto el brazo izquierdo, comenzad a disparar —dijo—. Pero solamente al aire.

Y salió.

—¡Jeff! —gritó Camelia, aterrada—. ¡Jeff, vuelve...!

Pareció dispuesta a salir corriendo tras él, pero Morris llegó a tiempo de impedirselo.

—¡Déjelo, señorita Cowan! ¡Él sabe lo que hace!

—¡Lo van a matar!

Morris se alzó sobre una bala, para mirar hacia la calle por una de las altas ventanas. Camelia se colocó junto a él, y lanzó un gemido.

—Dios mío...

Morris todavía tardó unos segundos en poder salir de su espanto, al ver al exrural, rifle en mano, cigarrillo entre los labios, caminando tranquilamente

con largas y lentas zancadas, hacia donde estaba la mula con el cadáver todavía cruzado en su lomo. Junto a la mula, había cuatro hombres de la banda de West Murdock, todos mirando ahora hacia él atlético personaje que iba hacia ellos. Delante de la estafeta de telégrafos del pueblo, había dos hombres más. En la acera de la izquierda, en el borde del porche otro hombre, rifle en mano.

Y todos ellos tenían la mirada fija, como clavada, en Jeff Collins.

Era como acudir voluntariamente al matadero.

CAPÍTULO VI

Jeff Collins se detuvo a una docena de pasos del grupo de forajidos que había junto a la mula, y se tocó el ala del sombrero con la punta del rifle.

—Buenos días —saludó, descaradamente; señaló con el rifle el cadáver que llevaba la mula—. ¿Era amigo de ustedes?

La osadía de aquel hombre que llevaba una placa de los Rurales de Texas en el pecho parecía tener petrificados a los siete hombres bien armados que, prácticamente, lo rodeaban. Y desde luego, si las miradas matasen, Collins habría caído fulminado. Pero precisamente su descaró, su aplomo, que llegaba a la más absoluta desvergüenza, estaba nivelando, la situación.

—¿Y ese otro? —señaló al que había caído del tejado.

En silencio, uno de los forajidos que estaban junto a la mula, se adelantó, moviendo el rifle hacia el exrural que estaba usurpando una placa. El movimiento del rifle no podía ser más expresivo, pero Collins no se alteró.

—Si yo fuese usted, lo pensaría mejor —dijo impávido—. No es agradable para nadie viajar hasta la frontera de México a pie. Ni siquiera aunque en ese viaje se transporten cuarenta mil dólares. Sí, yo lo pensaría mejor.

—¿De qué está hablando?

—De sus amigos Clerk y. Exton. Y del que vino a buscarlos de parte de Bronson. Y del que había en el cuartel de los rurales. Mis amigos y yo nos hemos tomado la molestia de matarlos.

—¡Le voy a...!

—¡Quieto, Logan! —se adelantó rápidamente otro hombre—. No perdemos nada escuchándole.

—¿Usted es Bronson? —preguntó Collins.

—Sí.

—Imagino que es el lugarteniente de West Murdock.

—En efecto.

—Bueno... Voy a proponerle un trato, Bronson. Vamos a...

—¿Quién demonios es usted? No estaba en Dryden cuando nosotros llegamos. Y sabemos que en el cuartel quedó solamente un rural. ¿De dónde ha salido usted?

—Si comenzamos a hacer preguntas idiotas, no terminaremos nunca. Estoy aquí, y eso es todo. Y no estoy solo. Por el momento, entre mis amigos y yo hemos matado a cinco de ustedes.

—Usted no matará a ninguno más.

—Es posible. Pero ustedes no llegarán jamás a México. Aunque..., ¿quién sabe?, quizá sean capaces de recorrer a pie esas treinta millas antes de que mis compañeros los cacen.

Bronson sonrió torcidamente, despectivo.

—Está diciendo tonterías... Sus compañeros están camino de Little Dry River, con el *sheriff* y...

—Volverán muy pronto. En lugar de dirigirse a las montañas regresarán a uña de caballo en cuanto les den el aviso.

—¿Qué aviso?

—El que he enviado desde el telégrafo del cuartel.

—¡Bronson, déjame que lo...!

—¡Cierra la boca! —gruñó Bronson—. Yo voy a tratar como se merece, a este sujeto. Usted, amigo, parece ignorar que tenemos en la cantina a algunos rehenes. Mujeres y niños, entre ellos.

—Estoy al corriente de eso. Pero ustedes parecen no comprender que yo tengo algo que vale más para ustedes.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Todos los caballos que hay en varias millas a la redonda.

—Si usted está aquí, ya no tiene los caballos.

—Los tienen mis amigos.

—¿De veras? —sonrió Bronson—. ¿Y cuántos son? ¿Cien, quizá?

—Solamente dos.

—Bah... No nos durarían ni dos minutos. Eso, en el supuesto de que sea cierto que no está solo.

Jeff Collins no se alteró. Alzó el brazo izquierdo, lentamente. Casi enseguida, desde el establo, llegaron los estampidos de varios disparos seguidos. No menos de quince o veinte. Bronson apretó los labios en un duro gesto.

—Está bien, existen. Podemos acabar con usted y con ellos en un abrir y cerrar de ojos.

—Quizá tarden un poco más —sugirió Collins—. Quizá tarden él tiempo suficiente para que mis amigos puedan matar todos los caballos que hay en el establo.

El silencio fue completo durante unos segundos. Por fin el barbudo y torvo Bronson asintió con la cabeza.

—¿Cuál es el trato? —gruñó.

—Les entregaré todos los caballos que necesiten a cambio de las personas que tienen en la cantina.

—Está loco. A usted le interesan más esas personas que a nosotros los caballos. Yo le haré la oferta al revés: lárguese usted y sus amigos del establo, o mataremos a todas esas personas. ¿Está claro?

—Está claro. Pero no hay trato. Porque, según parece, usted no ha entendido la situación, Bronson. Los rurales emprenderán el regreso muy pronto. Aun suponiendo que West Murdock y sus demás amigos lleguen antes, y acaben con nosotros, nosotros habremos matado los caballos. Eso les obligará a cabalgar dos de ustedes en cada caballo que traigan sus amigos. Caballos que ya llegarán cansados. Jamás llegarían a México. Y esta vez, si será verdad que los rurales y la posse del *sheriff* Gilford los tendrán a su alcance. Sin trucos.

—Es usted demasiado listo, amigo... Y me parece que va a ser el primero en morir.

Jeff Collins mostró sus blanquísimos dientes en una fría sonrisa.

—Querrá decir, Bronson, que usted y yo vamos a ser los primeros en morir.

La amenaza, la revelación de que el rural que tenían ante ellos se consideraba capaz de matar a Bronson antes de morir, hizo comprender a éste qué el hombre que hablaba con ellos estaba dispuesto a todo. A todo. Incluso a morir. Y si moría él, sus amigos escondidos en el establo, matarían todos los caballos.

—¿Y bien? —murmuró Jeff.

—Lo pensaré unos minutos.

—De acuerdo. Si va a la cantina, dígame al alcalde Cowan que su hija está a salvo. Eso le hará feliz.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero se detuvo en seco al oír la irritada voz del llamado Logan:

—¿Vas a dejarle marchar? ¡Yo le...!

—Tú sigue con la boca cerrada, Logan —oyó a Bronson—. Si no está West yo soy quien dice aquí lo que se tiene que hacer. Volvamos a la cantina.

Menos uno de vosotros, que ocupará el sitio de Owens en el tejado.

Collins continuó alejándose, notando en su espalda las miradas duras, hostiles, de aquellos hombres. Por el momento, había conseguido su propósito: ganar tiempo. Pero Bronson no parecía demasiado tonto, de modo que comprendería que aquella era su jugada. Era difícil predecir su decisión, pero, de momento, se habían ganado unos minutos. Bien poca cosa, realmente.

Cuando entró de nuevo en el establo, Camelia volvió a abrazarle, temblando, tartamudeando frases de miedo. Collins la besó suavemente en los labios, le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra él.

—Todo va bien —mintió—. Conseguiremos que no hagan daño a nadie, Camelia.

—¿Y el dinero? —musitó Morris.

—No pidamos demasiado —gruñó hoscamente Jeff—. Ya sería una gran fortuna salvar a esas personas, Morris. ¡Ojalá ese Bronson no decida echarlo todo a rodar!

—Tiene cara de mala bestia —murmuró el viejo herrero.

Collins le dirigió una extraña mirada, casi sonriente.

—También la tengo yo, y en estos momentos sólo me preocupan las vidas de esas personas.

CAPÍTULO VII

En total eran diez personas: Gordon Cowan, alcalde de Dryden y padre de Camelia; el matrimonio Cameron, propietario del General Store; la anciana viuda Hays; el doctor Huberts y cinco niños, entre los cinco años que tenía, el más pequeño y doce el mayor.

Cuando Bronson y los demás entraron en la cantina, todas las miradas se clavaron en él, aterradas. Habían estado vigilados por dos forajidos que habían permanecido en la cantina y ahora, al regresar Bronson, comprendían al menos los mayores, que se iban a tomar decisiones. No sabían nada de nada, pero sí que algo no estaba funcionando de acuerdo a los deseos de Bronson. Y eso, indudablemente, podía ser muy peligroso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los forajidos que habían quedado vigilando a los rehenes.

—Poca cosa. Tenemos a un tipo de cuidado ahí fuera. Ha matado a Owens, Clem, Exton, Ashley y Deacock.

Los dos pistoleros quedaron estupefactos.

—¿Que los ha matado...? Pero ¿cómo?

—¡Y yo qué demonios sé! Quizá no todos estén muertos, pero sí lo están Owens y Ashley, eso es seguro. Es un tío listo ese rural: quiere que le entreguemos los rehenes a cambio de los caballos. Y dice que ha telegrafiado desde el cuartel de los rurales para avisar de lo que está ocurriendo aquí.

—¡Demonios! ¡Yo creo que sería mejor largarse de aquí sin esperar a West, Bronson! Podríamos encontrarnos con él en México.

—Eso sería si llegábamos a México. El tipo ese y dos amigos suyos tienen los caballos, ¿no lo has entendido?

—Debiste dejarme matarlo —refunfuñó Logan.

Bronson le dirigió una mirada colérica, pero no contestó. Se colocó delante de los diez rehenes, y su mirada quedó fija en Gordon Cowan.

—Tengo un recado para usted de ese tipo: dice que su hija está a salvo. ¿Le satisface eso?

—Sí —murmuró Cowan brillantes los ojos.

—¿Se da cuenta, señor alcalde? —sonrió de pronto Bronson—. Usted es un hombre con una suerte sensacional: tanto su hija como su hijo, no están aquí, lo cual quiere decir que no les ocurrirá nada malo. Pero a usted sí puede ocurrirle.

—No me importa.

—Palabras —sonrió de nuevo Bronson—. Sólo palabras. Dígame, ¿quién es ese tipo que se ha atrevido a hacernos frente?

—No sé. No lo he visto.

—Oh, claro... Es más alto que yo, con hombros así de anchos, manos enormes, barbudo, con gesto agrio, de mala sangre... Es un rural.

—No hay ningún rural con esas señas en Dryden.

—Pues él lleva una de esas malditas placas.

—No sé quién es, Había un hombre como el que usted ha descrito aquí en Dryden, pero se fue esta mañana. Prácticamente lo expulsaron del pueblo, por borracho, por peligro público.

—Peligro público —casi rió Bronson—. Es una divertida manera de llamar a un hombre. Bien: ¿qué me sugiere usted?

—¿Yo? ¿Sobre qué?

—Sobre el trato que me ha propuesto ese tipo: ustedes, a cambio de los caballos. Aunque por el aspecto, parece una especie de canalla que está haciendo su propio juego para conseguir el dinero y que ustedes son sólo un pretexto para confiarme, para meterme en una trampa... ¿Qué murmura usted? —gruñó de pronto.

Cameron se apartó rápidamente de Cowan, el cual había murmurado unas palabras al oído. La actitud de Bronson era agresiva, pero Cowan lo calmó rápidamente.

—Me ha dicho que ese hombre sólo puede ser el que expulsaron los rurales del pueblo esta mañana. Se llama Jeff Collins y había sido rural hasta que le expulsaron hace unos meses.

—Ah... Bien, si es él, no creo que sienta gran afecto por las personas de este pueblo, ¿verdad?

—Si acaso, todo lo contrario, lógicamente.

—Vaya... Eso me coloca en una posición difícil, si consideramos que ustedes carecen de valor para él está claro entonces que ustedes le importan lo mismo que una boñiga... Entonces, quizá sea aún más listo de lo que parece, y quiere conseguir el dinero sea como sea. Maldita sea, si no le interesan ustedes..., ¿por qué los ha pedido a cambio de los caballos? Eso no tiene

sentido. Algo está tramando y será cosa de pensarlo bien antes de... ¿Se fueron del pueblo dos amigos suyos, con ese Collins?

—Collins ya no tenía amigos. Escuche, señor Bronson, deje salir a los niños... Los mayores nos quedaremos, pero deje marchar a los muchachos. Los está matando de miedo, y eso es una salvajada que...

—Será mejor que tenga cuidado con sus palabras, alcalde: no quisiera perder la paciencia con usted. Aunque...

Se volvió como un rayo, llevando la mano al revólver, hacia la puerta del fondo de la cantina, a un lado del mostrador; y lo mismo hicieron sus amigos. Pero los golpes de la puerta se repitieron, idénticos y Bronson sonrió.

—Vaya... Tenemos una importante visita.

Sonriendo burlonamente fue hacia la puerta del fondo, la abrió y salió de la cantina propiamente dicha. Se encontró en el pasillo que llevaba a la cocina. Cerró la puerta tras él, y se quedó mirando al apuesto joven que había hecho la llamada. Debía tener poco más de veinte años, ojos color café, cabellos muy rubios. Vestía muy correctamente, con elegancia.

Y estaba muy nervioso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó rápidamente.

—Todavía nada, que yo sepa. Le aseguramos que no haríamos daño a nadie, ¿verdad? Especialmente a...

—No me refiero a eso. Estoy hablando de Jeff Collins. Los vi desde la ventana de mi casa. ¿Qué hablaron?

—Ah... ¿De modo que ese tipo es el tal Collins, a fin de cuentas, el que expulsaron de los rurales?

—¡Claro que es él! Y tengan mucho cuidado, porque es un demonio, se lo aseguro, Bronson. Anoche estuvo matando murciélagos en pleno vuelo, para divertirse.

Bronson se pasó la lengua por los labios, secos de pronto. Recordó las palabras de Collins respecto a que ellos dos serían los primeros en morir.

—¿Murciélagos... en pleno vuelo? —murmuró.

—Como lo oye. ¿Qué han hablado con él?

—Tiene dos amigos en el establo, de modo que son los amos de todos los caballos. Nos los entregará a cambio de los rehenes. Pero se me está ocurriendo que si ese tipo fue un rural, debe quedar algo bueno en él, de modo que tendrá que aceptar mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—O me entrega los caballos o mato a todos los rehenes.

El apuesto joven palideció intensamente.

—¡Usted no puede hacer eso! —casi chilló—. ¡Cuándo hablé con Weston Murdock en Fort Stockton hace algunas semanas...!

—No me grite —entornó los ojos Bronson.

—Está bien... Pero no puede usted hacer las cosas de esa manera, Bronson.

—Mire, amiguito, ese tipo nos ha complicado la vida a todos, incluido usted mismo. Si es verdad lo que ha dicho, los rurales y la posse de ese *sheriff* Gilford van a llegar poco menos que pisándole los talones a West. Si eso ocurre, y nosotros, los de aquí, estamos sin caballos, West se va a enfadar mucho, ¿comprende? Ésta es una situación idiota pero muy peligrosa para nosotros. De modo que, o encontramos una solución para marcharnos a caballo en cuanto llegue West, o haré las cosas a mi manera. ¿Se le ocurre a usted algo mejor?

—No sé... Déjeme pensar.

—Piense. Pero que sea deprisa y muy bien, o le voy a enviar a ese Collins la cabeza de uno de los niños, para que se convenza de que soy yo quien va a dar las órdenes. Y después de la cabeza de ese niño, es posible que le envíe la del alcalde. ¿Usted me entiende?

El muchacho estaba pálido como un muerto.

—Hicimos un trato...

—¡Hicimos un trato, exactamente! Usted le dijo a West que se pondría en contacto con él para dar un buen golpe, y llegó la hora. Lo planteó todo, pues es usted muy listo, y tenemos los cuarenta mil dólares. Pero no tenemos caballos. Pues bien: si las cosas se estropean, no sólo se quedará usted sin su parte, sino que todos estaremos en un apuro. Y de eso, nada, amiguito. Ni West ni yo tenemos la menor intención de permanecer aquí esperando la llegada de quince o dieciséis rurales. Ni hablar de eso. Así que, o lo arregla usted, o lo tendré que arreglar yo, ¿entendido?

—Creo..., creo que tengo una solución.

—¿De veras? Me gustaría oírla.

—Usted sólo tiene que... que conseguir que Collins salga del establo. Lo demás lo haré yo, y podrán matarlo con toda tranquilidad.

—Pues no me parece nada tranquilo matar a un tipo que acierta murciélagos en pleno vuelo, pero le escucho. Usted ha demostrado ya ser muy listo al planear todo esto, así que espero que la solución sea buena y que podamos llenar de plomo la barriga de ese Jeff Collins.

CAPÍTULO VIII

Jeff Collins achicó los ojos y movió la barbilla hacia la calle.

—Ahí llegan —murmuró.

Camelia y Morris miraron también por la ventana, subidos todos en las balas de paja. Se quedaron mirando a los cuatro hombres que caminaban hacia allí, por el centro de la calzada. Era ya casi mediodía, y el espantoso sol de cien mil demonios parecía capaz de derretir a aquellos hombres en plena calle. Sus sombras apenas se proyectaban unas pulgadas más lejos de sus pies.

—Solamente, vienen cuatro —susurró Morris—. Me parece que quieren hacer el trato, Jeff.

Éste estaba mirando calle abajo. En la puerta de la estafeta de telégrafos habían aparecido dos hombres, que iban quedando atrás a medida que avanzaban Bronson y los otros tres. Luego, sabía que habían colocado a otro en el tejado, sustituyendo al muerto. Eso sumaba siete hombres más o menos visibles. Y quedaban dos en la cantina. Nueve en total, que, sumados a los cinco muertos, hacía un total de catorce. Cuenta exacta.

—¡Hey, tío listo! —llamó de pronto Bronson, tras detenerse—. ¡Venga para acá, que charlaremos!

—No vayas —musitó Camelia—. ¡No vayas, Jeff!

—Debo ir.

—Puedes estar seguro de que no van a jugar limpio —dijo Morris.

—Es posible. Pero tengo que apurar todas las posibilidades. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, si algo me ocurre.

Sin darles tiempo a replicar, saltó al suelo y se dirigió hacia la puerta. Se quedó en el umbral durante unos segundos, mirando a todos lados. Todas las casas de Dryden estaban cerradas a cal y canto, y seguramente, sus ocupantes se estaban felicitando por no haber tenido la mala suerte de ser tomados como rehenes. Mientras la situación no se normalizase en el pueblo, nadie saldría a la calle. De modo que, si algo ocurría, Jeff Collins sabía que no podía esperar ayuda de nadie. De nadie.

Era asunto para un hombre solo, al parecer.

Reanudó la marcha, hacia el centro de la calzada. Vio en el tejado al nuevo vigilante, rifle en mano. Aquél era el enemigo más peligroso, pues si había pelea, sería quien mejor dominaría toda la perspectiva de la calle.

Se detuvo a unos treinta pasos de Bronson y sus tres compañeros.

—¿Qué ha decidido, Bronson?

—Oiga, usted es un tipo con agallas —siguió hablando en voz excesivamente alta Bronson, dado el silencio de la calle—. Creo que vamos a llegar a un acuerdo. Pero hay una pequeña condición.

—¿Qué condición?

—Bueno, no es corto de explicar.

En el establo Morris y Camelia oían las palabras de Bronson, pero no las entendían. Parecía como si, de pronto, el forajido se hubiera vuelto idiota y no supiera ni él mismo lo que estaba diciendo.

—Pero ¿de qué habla? —masculló Morris—. En mi vida he oído una sarta de tonterías semejante.

Se volvió de pronto, lanzando una exclamación de alarma. El rifle que empuñaba se alzó, apuntando a la persona que acababa de caer dentro del establo, en el altillo, por la trampilla del techo. Estaba a punto de disparar cuando oyó la voz:

—¡No disparéis! Soy yo, Regie Cowan.

—¡Regie! —exclamó Camelia, saltando inmediatamente al suelo.

Morris no sabía qué hacer. Por una parte, quería ver lo que ocurría en la calle, continuar oyendo a Bronson. Por otra parte, la llegada del hermano de Camelia despertaba su interés. Ya no eran dos allí dentro, sino tres. Y eso podía significar mucho alivio a la hora de resolver las cosas a la tremenda.

Saltó también, y se acercó al pie del altillo del cual saltaba Reginald Cowan en aquel momento, abrazando inmediatamente a su hermana. Morris se encontró sonriendo. Siempre le había gustado Regie Cowan. Un gran muchacho, muy educado, siempre bien vestido, limpio, simpático, irresistible con su tímida sonrisa, con sus ojos color café, como los de Camelia... Y tan rubio, que a pesar de sus veintitantos años continuaba pareciendo un niño.

—Supe lo que estaba ocurriendo —explicaba Regie Cowan— y me dije que debía venir aquí, para ayudar a los que estaban con Collins. ¡No podía imaginar que fueses tú, Camelia!

—Será mejor que tomes uno de esos rifles y nos coloquemos los tres en la ventana —dijo Morris—. Hay un tipo que parece haberse vuelto idiota ahí fuera y eso no me gusta.

—De acuerdo. Si mi ayuda...

—Será mejor que no se muevan —dijo una voz por encima de ellos.

Los tres alzaron vivamente la cabeza, a la vez. Camelia soltó un grito de consternación, de miedo. Morris pareció que iba a levantar su rifle, pero comprendió que el descuido ya no tenía remedio. Sólo iba a conseguir que los dos hombres que se asomaban por la trampilla lo acribillasen. Dejó caer el rifle y miró hoscamente al joven Reginald Cowan.

—Lo han conseguido, Cowan —masculló—. Podía usted...

—Cierre la boca —dijo uno de los de arriba—. Tú, Leman, hazte cargo de estos tres, mientras yo vuelvo a la cantina. Aquella gente está muy asustada, pero quizá se den cuenta de que los hemos dejado solos y que pueden escaparse. Será mejor que yo vuelva cuanto antes. Avisaré a Bronson desde el tejado.

El llamado Leman había saltado ya al altillo, y luego junto a los Cowan y Morris, apuntándoles con el rifle inmediatamente. Cuando el de arriba comprendió que su compañero dominaba la situación, desapareció.

—Caminen hacia la puerta —dijo Leman.

Regie había pasado un brazo por los hombros de su hermana, consolándola, y Morris, pálido de furia y sobre todo de miedo, comenzó a refunfuñar algo contra la inoportuna llegada del muchacho. Desde el tejado del establo llegó con toda claridad la voz del hombre que se había quedado arriba:

—¡Eh, Bronson, esto ya está! ¡Podéis matar a ese tipo!

La voz llegó claramente a la calle, y aún estaba sonando cuando Jeff Collins dio un salto de costado; giró, y su rifle restalló secamente, hacia lo alto, cumpliendo así su intención de disparar en primer lugar contra el hombre del tejado si algo ocurría.

Y el del tejado lanzó un chillido cuando la bala del rifle le dio en pleno estómago, y lo tiró de espaldas sobre las tejas, mientras el rifle describía un arco hacia el polvo de la calzada. Y Jeff Collins se volvía ahora hacia Bronson, dispuesto a disparar nuevamente.

Sólo que, los hombres que tenía delante no eran simples camorristas, sino profesionales del revólver. De modo que, aún estaba girando el exrural cuando sonaron varios disparos, justo en el momento en que los Cowan y Morris, bajo la amenaza de Leman, salían del establo.

—¡Jeff! —gritó la voz quebrada de Camelia.

Jeff Collins estaba girando sobre sí mismo, hacia atrás, y había perdido el rifle, como bruscamente arrancado de sus manos. Cayó de rodillas, y su mano, veloz como el rayo, tiró del revólver.

¡Bang!

Logan saltó también hacia atrás, dando una grotesca vuelta en el aire, con una bala en la cabeza, que había salido destinada a Bronson. Cuando sonaban más disparos contra Collins, éste giraba sobre el polvo con tal rapidez que desconcertó a los forajidos. A su alrededor, las balas se iban clavando en el suelo, formando surtidores de polvo que brillaban al sol.

Camelia echó a correr hacia él, gritando su angustia, su espanto ante aquel diluvio de plomo que iba en busca del hombre que amaba.

—¡Jeff, Jeff...!

Su intervención no resultó quizá precisa, pero sí muy afortunada para Collins, desconcertando aún más a los pistoleros que gritaban de rabia. Reginald Cowan corrió tras su hermana, saltó hacia ella, y abrazándola por la cintura rodaron ambos por el suelo, mientras Jeff Collins terminaba su fantástica escapatoria de las balas poniéndose en pie de pronto, saltando tras un abrevadero y de allí como rebotando en la acera de tablas, se metía en una casa, llevándose por delante los cristales de la ventana y las cortinas.

Hasta la calle llegaron los gritos de pánico de los ocupantes de aquella casa, pero todavía más fuertemente resonó la voz de Bronson:

—¡No disparéis! ¡Quietos! ¡No disparéis ya más! ¡Yo lo haré salir de ahí!

Corrió hacia donde yacían Camelia y Regie, luchando éste con su hermana para impedirle levantarse y continuar corriendo en pos de Collins. Bronson asió a Camelia por un brazo, la levantó de un tirón y colocó la pistola en su garganta.

—¡Collins! —llamó—. ¡Si no sale inmediat...!

—¡No! —aulló Regie—. ¡Eso, no...!

Se había puesto en pie de un salto, abalanzándose contra Bronson, que se lo quitó de encima con un golpe del revólver en la frente. Regie cayó de espaldas, y cuando intentaba de nuevo incorporarse dos de los forajidos llegaron junto a él, y uno de ellos le aplicó un feroz punterazo en el hígado. El muchacho lanzó un gemido, se llevó las manos al lugar golpeado y quedó así, inmóvil, como petrificado, lívido y desencajado el rostro. Más allá, Morris, bajo la amenaza de Lemman, no se atrevía a mover ni una pestaña, completamente aterrado.

Bronson volvió a colocar la punta de su revólver en la garganta de Camelia, hundiéndola allí salvajemente, como si quisiera hundir el acero en la delicada piel.

—¡Collins! —volvió a llamar—. Tengo mi revólver apuntando a la hija del alcalde, salga inmediatamente, con las manos en alto, o le vuelo la cabeza

a la chica. Tiene diez segundos para decidirse. Solamente diez segundos.

Cuando terminó de gritar, un denso silencio quedó como algo tangible flotando en la calle Mayor de Dryden. Sobre el polvo yacía Logan, ya con algunas moscas encima, acudiendo a la sangre fresca que convertía su cabeza en una horripilante bola roja. Arriba, en el tejado, no había el menor rastro del hombre que había ocupado aquel lugar de vigilancia. Seguramente, tendido sobre las tejas, estaba recibiendo también la visita de docenas de moscas dispuestas a darse el gran banquete de roja sangre.

Hacía escasamente tres horas Bronson y sus hombres habían llegado a Dryden en número de catorce. Ahora, solamente quedaban siete. Uno, con Morris, cerca del establo. Dos, agazapados en el porche de la estafeta de telégrafos del pueblo. Uno, delante de la cantina, dedicando más atención a lo que ocurría en la calle que a los rehenes que por unos minutos se habían quedado solos, tan asustados que no habían pensado ni siquiera por un instante en aprovechar la ocasión para escapar. Y Bronson y dos más, delante de la casa por cuya ventana había escapado Collins del diluvio de plomo. A los pies de los dos forajidos más cercanos a Bronson, yacía Reginald Cowan, todavía demudado, postrado por el dolor del bestial puntapié.

De catorce hombres, quedaban siete.

¿Una simple división por dos?

De pronto, Camelia dio un tirón intentando soltarse y gritando:

—¡Jeff, no salgas, no salg...!

No consiguió soltarse. Lo que sí consiguió fue disgustar a Bronson, que la atrajo de nuevo hacia sí, la golpeó con la pistola en los riñones y, de un tirón, la derribó ante él, de rodillas. La soltó del brazo, la asió por los cabellos obligándola a torcer dolorosamente el cuello, y volvió a colocarle la pistola, en la nuca esta vez.

—¡Collins! ¡Los diez segundos!

La puerta de aquella casa se abrió, de pronto, y la atlética silueta del barbudo y torvo exrural apareció en el umbral, con las manos en alto.

—¡No! —gimió Camelia—. No, Jeff, no...

La voz de Collins llegó con extraña nitidez a oídos de todos.

—Suéltela, Bronson. Ya me tiene aquí.

—Camine. Venga hacia aquí, hacia el centro de la calle —ordenó Bronson.

Collins recorrió la acera, y bajó a pleno sol, abandonando la protección del porche, entonces todos pudieron ver que no era precisamente invulnerable, y su escapatoria del círculo de revólveres, aunque todavía

formidable, adquirió una cierta lógica. No había salido además indemne: tenía lleno de sangre el brazo izquierdo, por encima del codo; también en su costado derecho se veía un gran manchurrón de sangre; y toda la parte izquierda de su rostro era una pura mancha roja, debido a la sangre que brotaba de una herida en la frente, cerca de la sien.

En conjunto, su aspecto resultaba sencillamente aterrador. Camelia se echó a llorar y cuando Bronson la soltó quedó arrodillada, inclinada hacia delante, ocultando el rostro entre las manos. Por fin, Collins se detuvo a pocos pasos de ellos.

—Aquí estoy... Déjela marchar ahora, Bronson.

—No disparéis —alzó la voz el forajido—. No quiero que este hombre muera... todavía. Llevad a éstos a la cantina. ¡Vamos! ¡Todos a la cantina! Usted también, Collins: camine.

Jeff asintió con la cabeza, dio un par de pasos hacia Camelia y de pronto se detuvo. Su cabeza pareció colgar hacia atrás, sus ojos parecieron volverse del revés, mostrando el blanco globo ocular, y cayó cuan largo era, de bruces, hundiéndose su ensangrentado rostro en el polvo.

—¡Jeff! —aulló Camelia.

Se acercó a él, desplazándose de rodillas sobre el polvo. Lo iba a colocar cara al cielo cuando fue apartada rudamente por Bronson, que golpeó con el pie un costado del exrural.

—Vamos, Collins... ¡Arriba!

Pero Collins no se movió, ni siquiera cuando recibió dos puntapiés más. Finalmente, Bronson le dio la vuelta, empujándole con un pie por debajo del sobaco izquierdo. Se quedó contemplando, sonriente, aquel rostro barbudo, demacrado, fiero, y acabó moviendo la cabeza quizá en gesto admirativo.

—Bueno —dijo—. En realidad has hecho demasiado teniendo en cuenta que has estado solo. Llevadlo a la cantina.

—Matémoslo como a un perro y larguémonos, Bronson.

—He dicho que lo llevéis a la cantina. Yo diré cómo y cuándo mataremos a éste hombre, y os aseguro que su, muerte no va a ser precisamente dulce. Le tengo reservada una muy muy muy especial. Nos vamos a divertir.

—Escucha: West no puede tardar mucho en llegar. Y la llegada de West significa que los rurales también llegarán pronto, pues les habrán avisado de que...

—Si continúas hablando, Yeats, voy a partirte la boca a balazos. ¿Me has entendido?

Jefferson Collins fue llevado a la cantina.

CAPÍTULO IX

Agitó levemente la cabeza cuando el cubo de agua le fue vaciado encima de golpe. Se movió, quedó sentado, y sus párpados se agitaron, súbitamente limpios de polvo y sangre gracias al agua...

Cuando al fin abrió los ojos, lo primero que vio ante ellos fue una botella de *whisky*. Y lo primero que oyó fue la voz de Bronson.

—Beba un trago, Collins. Se lo ha ganado.

El exrural desvió la mirada de la botella, para clavarla inexpresivamente, pero con terrible fijeza en los ojos de Bronson, que sonrió amablemente.

—Vamos, hombre... Un traguito. No le hará daño. Un tipo que es capaz de matar murciélagos en pleno vuelo, después de beber hasta reventar, bien puede ahora beber un trago. ¿O me han engañado? ¿No es usted el borracho más famoso de Dryden?

—Sí, lo es —dijo de pronto el alcalde Cowan—. Un borracho y un canalla. Si no hubiera sido por él...

—¡Papá! —exclamó Camelia—. ¡No digas eso!

—¡Sólo estoy diciendo la verdad! Si no hubiese sido por él, tú no estarías aquí, con estos hombres. Y tampoco estaría Regie. ¡Maldito borracho y ladrón!

—No es verdad. Jeff no es un ladrón ni un borracho. Ni tiene la culpa de que yo esté aquí. Si no hubiera salido detrás de él, estos hombres me habrían traído aquí contigo desde el primer momento.

—¿Estabas con él por qué...? Camelia, hija: ¿Te habías ido detrás de este hombre?

—Sí.

—Por Dios...

—Sabes que siempre le quise, papá. Desde el primer momento, desde que llegó al cuartel de los rurales.

—Es un ladrón, un borracho...

—¡No es un ladrón! Y si es un borracho yo tengo la culpa. Fui de las personas que no quisieron perdonarlo, o comprenderlo. Yo no debí hacer

como los demás nunca. Al menos yo debí confiar en él, perdonar su error si bebió aquella noche en que mataron al representante del Banco que él debía proteger.

—Un hombre así nunca podrá ser digno de confianza, hija. No se pudo demostrar que él fuese el asesino y el ladrón, pero... aún hay personas que siguen pensando así.

—¡Yo, no! ¡Y aunque fuera verdad, le quiero y volvería a marcharme con él mil veces!

—¡Camelia!

—Lo siento, papá, lo siento. Pero quiero a Jeff, y si no nos matan, me iré con él adonde quiera llevarme.

—¡Bravo! —exclamó Bronson—. ¡Muy bien, Camelia! ¡Qué hermoso es el amor!

Los cuatro forajidos que estaban con Bronson en la cantina lanzaron una carcajada. Los rehenes permanecían silenciosos, sobrecogidos. Quienes menos asustados parecían eran los cinco niños; que se empezaban a adaptar a la situación, inconscientes de todo lo que podía derivarse de ella.

Jeff Collins había ido mirando uno a uno a los pistoleros, como si no estuviera oyendo la conversación entre Camelia y su padre. También vio, sobre una mesa, las dos sacas de lona que, evidentemente, contenían los cuarenta mil dólares robados al Banco. Todo había sido bien planeado, desde luego. Posiblemente, no quedaba en todo Dryden un solo hombre capaz de hacer frente a Bronson y los suyos. Debían estar escondidos, incluso los del Banco, pensando que sus vidas valían mucho más de cuarenta mil dólares, y que si salían a la calle lo único que podían conseguir era un balazo.

—¿Y usted, Collins? ¿No dice nada? —se interesó Bronson—. ¿Acaso no quiere a la chica?

Collins le miró, pero no contestó. Bronson frunció el ceño, sacó el revólver y le apuntó a la cabeza.

—Le he hecho una pregunta: ¿quiere o no quiere a Camelia Cowan?

—Sí.

—Entonces yo les declaro marido y mujer.

La risotada fue esta vez más estruendosa por parte de los forajidos.

Uno de ellos gritó:

—¡Vivan los novios!

—¡Vivaaannn...! —corearon los otros.

—Haría falta un poco de arroz para echarles por encima, ¿no os parece? A ver, usted, el tendero, ¿tiene arroz en su tienda?

Cameron se puso en pie, un poco temblorosas las piernas.

—Sí..., sí..., sí. Si quieren mi esposa y yo podemos ir a buscar una bolsa.

—¡Pero qué listo es el hombre! —rió Bronson—. Apuesto a que si va a por arroz, no sería a su tienda sino a China.

Nuevas risotadas. Bronson volvió a mirar a Collins, alargándole de nuevo la botella.

—¿Qué, rural? ¿No va a celebrar su boda con un trago?

—No.

—Pues yo digo que sí. Y va usted a beber, amigo, o se va a quedar viudo, ¿comprende?

Jeff se pasó la lengua por los labios, y de pronto, alargó la mano derecha, tomó la botella y bebió un trago.

—Más —dijo Bronson—. Bastante más, Collins. Vamos a dejar las cosas claras: quiero que beba hasta reventar. ¿Me comprende? Mire; podría ahorcarlo, cortarle el cuello, llenarlo de plomo. Pero, no. Usted es un tipo de agallas, como hay pocos. De modo que le voy a dar una muerte agradable. Y ya que le gusta tanto el *whisky* ésa será su agradable muerte. Estamos en una cantina, de modo que vaya bebiendo hasta reventar. Si deja de beber sin que yo se lo ordene se quedará viudo. Siga bebiendo.

Collins alzó la botella y comenzó a beber.

—No tiene derecho a hacer eso —gimió Camelia—. Es una salvajada y no tienen derecho.

—Déjalos —murmuró su padre—. No creo que Collins lo esté pasando muy mal, después de todo. Tiene lo que se merece.

Bronson lo miró con el ceño fruncido.

—Un hurra por el alcalde —susurró—. Al parecer piensa que cada cual debe tener lo que se merece.

—Desde luego. Y ustedes también tendrán su merecido algún día.

—Seguro que sí. Y usted. Y su hijo. Sobre todo, el tío listo de su hijo. Aunque no creo que usted lo sea mucho menos, ¿verdad? Me gustaría saber qué piensan hacer con su parte.

—¿Con nuestra parte? ¿De qué está hablando?

—Oh, vamos, alcalde. Estoy hablando de su parte del dinero, naturalmente.

—¿De qué dinero?

—¿Pretende tomarme el pelo? —gruñó Bronson.

—No sé de qué está hablando.

—¿De veras? —Bronson se volvió hacia el silencioso y palidísimo Regie Cowan—. Pero, muchacho..., ¿de veras su padre no ha intervenido en el plan?

—Cállese —jadeó Regie—. Cállese, de una maldita vez.

—Debo estar mal de las orejotas —sonrió Bronson una vez más—. ¿Me ha ordenado que me calle, jovencito?

—Sí.

—Vaya... A eso le llamo yo conocer las cosas difíciles, muchacho. De veras. Cuando alguien que no me gusta me ordena qué haga una cosa, yo hago precisamente lo contrario. Y lo contrario de callar es hablar, ¿verdad? Pues hablemos, entonces... ¿Por dónde empezamos? ¿Por su viaje a Fort Stockton para ver a West Murdock, mi jefe y amigo? ¿O por...? ¡Eeehhh!

Regie Cowan se había lanzado furiosamente contra Bronson, pero éste aún gritando de sobresaltada sorpresa, se lo quitó pronto de encima, golpeándole en la boca con el cañón del revólver, y tirándolo de lado al suelo. Gordon Cowan se puso en pie, lívido, pero en el acto, los demás forajidos sacaron sus revólveres.

—Será mejor que se esté quieto, señor Cowan —murmuró Jeff.

—Exacto —apoyó Bronson—. Pero yo soy quien dice lo que cada cual tiene que hacer aquí, de modo que cállese y siga bebiendo. Y tú, mocoso —le metió un punterazo a Regie en un costado—. Vuelve a sentarte junto a tu padre. ¿Y sabes una cosa? Se me está empezando a ocurrir que quizá West no haya pensado jamás en darte tu parte. ¡Claro! West no es ningún tonto. ¿Por qué habría de darte diez mil dólares a ti, vamos a ver?

—¿De qué están hablando ustedes? —murmuró de pronto el muy discreto y pacífico doctor Huberts.

—Pues de la parte del muchacho. Veamos si las cosas quedan claras... Es que me revienta que tipos granujas se las den de honrados, y en cambio se metan con gente que, cómo Collins, por ejemplo, tienen más narices que un elefante... ¿Usted me entiende, amigo?

—No del todo.

—Debo estar muy torpe. ¿Quién cree usted que planeó tan perfectamente este robo de cuarenta mil dólares?

—No sé.

—¿No lo sabe? Se lo diré: fue ese lindo muchacho que tenemos sentado junto a su papá alcalde, con la boca llena de sangre y tres dientes menos... ¿Verdad, mocoso?

—Usted está loco —jadeó Gordon Cowan—. ¡Está loco!

—Apueste a que no, alcalde. Su muchacho estuvo hace unas semanas en Fort Stockton, vio a West Murdock y le dijo que pronto podría proporcionarle un buen golpe, del cual quería el veinticinco por ciento. Hace unos días volvió a hacerlo, le dijo que...

—Está mintiendo. Está mintiendo, maldito —gritó el padre de Camelia.

—¿Sí? Usted es memo, alcalde. Debió haber visto a su hijito en Fort Stockton, gastando dinero a manos llenas, divirtiéndose como una bestia: Oh, le encantan las chicas de veras, y todo lo bueno. Y como todo lo bueno cuesta dinero él debe tener su propio sistema para conseguirlo. Mire, alcalde, entre su hijo y yo, por ejemplo, sólo hay una diferencia: qué yo doy la cara, y tengo la cabeza puesta a precio y él lo pasa tan ricamente dándoselas de honrado hijo de un honrado alcalde. Pero eso es aquí. Imagino que de cuando en cuando el muchacho se larga a un sitio divertido donde haya de todo, como Santone, Saint Angelo, Fort Stockton, Rocksprings, y empieza a gastar dinero. Lo pasa en grande: palabra. Luego vuelve aquí como un corderito y ya está. Es muy listo. ¿Quién cree que ha tenido la buena idea para cazar a Collins sin que su hija de usted y ese viejo se dedicasen a matar caballos? ¿Eh? ¿De quién cree que ha sido la buena idea? Pues del muchacho. Me dijo que hiciese salir del establo a Collins, que él entraría tranquilamente, pues quienes estuvieran dentro serían amigos suyos seguramente y que los distraería hasta que Leman y Harris —señaló a los dos forajidos— se hicieron dueños de la situación. Así que fueron los tres hacia allá, el muchacho hizo su aparte, y mis amigos apresaron a su hija y al viejo. ¿Lo del robo del Banco? Idea del muchacho. Todo idea de él: lo de simular que toda la banda íbamos a Little Dry River, lo de tomar unos rehenes... Todo. Y como premio, diez mil dólares, o sea el veinticinco por ciento. ¿Verdad o mentira, mocoso?

Reginald Cowan no contestó, siguió limpiándose la sangre de la boca, mientras todos sus vecinos y su padre y su hermana lo miraban con expresión desorbitada. Mike, el cantinero, que parecía haberse quedado a vivir detrás del mostrador, tenía los ojos abiertos como boca de pozo. El único que parecía no haber oído nada y que ni siquiera miraba a Reginald Cowan era Jeff Collins.

—¡Contesta! —gritó furiosamente Bronson—. ¿Verdad o mentira?

—Verdad.

—Dios mío —gimió Camelia.

Gordon Cowan estaba pálido como si jamás hubiera tenido sangre en las venas. Su boca se abrió y cerró varias veces, pero no brotó de ella ningún sonido. Por fin pudo murmurar roncamente:

—No... No es posible... Regie, no...

—¡Déjame en paz! —aulló el muchacho.

—¡Dime que no es cierto eso de que...!

—¡Pues es cierto! —chilló agudamente Regie—. Sí, es cierto.

—¡Cállate! ¡Cállate, no digas nada más! ¡No quiero oírte decir nada más!

—Pues no pienso callarme. ¿Por qué? ¿Para qué? Todos lo han oído ya, ¿no es así? Poco importa ya que se digan unas palabras más o menos. Bronson tiene razón: yo he sido. Yo lo he planeado todo. Todo. Palabra por palabra como él lo ha explicado. Palabra por palabra.

—Regie, por el amor de Dios, calla ya —suplicó Camelia—. Ya has hecho suficiente. No aumentes el dolor de papá...

—¡El dolor de papá! ¡Al demonio con papá!

—¡Regie!

—¡Estoy harto! Estoy harto de ser el honrado hijo del alcalde, como ha dicho Bronson. Estoy harto de este maldito pueblo donde no hay nada que pueda interesar a un hombre. Ni siquiera una cantina divertida. ¿Cómo había de haber aquí nada interesante si tenemos cerca un cuartel lleno de rurales? Aquí, en Dryden, solamente hay paz y armonía. ¡Y estaba harto de paz y de armonía! Le pedí a padre muchas veces que me dejase marchar a una ciudad importante. Se lo pedí cientos de veces. ¿No es cierto, padre? ¡Contesta! ¿Es cierto o no es cierto?

—No me hables —jadeó Gordon Cowan—. No vuelvas a hablarme nunca más, ni, a mirarme siquiera. Ya no eres mi hijo.

—¿De veras? —rió Regie—. Vaya... Con qué facilidad arreglas las situaciones que no te gustan. Ya no eres mi hijo, dices. Y todo arreglado. Pues no está todo arreglado. Sigo siendo tu hijo, todos lo saben. ¿Quieres saber para qué quería el dinero? Para divertirme, porque tú jamás tuviste en cuenta esta necesidad mía. Siempre en este maldito pueblo, siempre aquí, con moscas, sin diversión, sin mujeres. Al demonio con todo.

—Será mejor que te calles ya, Regie —murmuró Collins.

—¿Por qué ese empeño de todos en que me calle? Pero si el mal está hecho, Jeff. Todo el mal está hecho, y tú lo sabes mejor que nadie. Tú lo sabes mejor que nadie. Escucha, con mis diez mil dólares había pensado marcharme para siempre de aquí. Ahora ya no podré hacerlo. Cuando Bronson llegó, yo estaba fuera de casa porque sabía lo que iba a pasar, y quería estar libre, por si surgía algún contratiempo, como así ha sido. Fui precisamente yo quien le dijo a Weston Murdock que debía tomar a mi padre como rehén para que mi padre no intentase nada. Estando libre, he podido

solucionar la difícil situación que habías creado tú. Es decir que te he vuelto a traicionar.

—Cállate.

—¡Al demonio contigo! ¿Qué clase de hombre eres tú, Jeff Collins? Nunca conseguí entenderte.

—Eso no te importa ahora, Regie.

—A mí sí que me importa. Maldita sea, nunca te entendí. Eres un hombre inteligente, con tu revólver y esa inteligencia podrías ser alguien importante, tener dinero, diversiones, mujeres. Y te dedicas a jugarle la vida con una estrella de metal en el pecho por unas cuantas miserables decenas de dólares al mes. Nunca conseguí entenderte. Y menos que nunca, cuando maté al representante del Banco y tú no hiciste nada. ¡Nada!

—Dios mío —gimió Camelia—. ¿De qué estás hablando, Regie?

—¿De verdad que no lo sabes? ¿Todavía no te lo ha dicho Jeff?

—¿Qué..., qué tenía que decirme?

—Por todos los demonios... ¡Fui yo quien mató al representante del Banco que él debía acompañar, con el dinero! Fui yo quien los siguió, llegué junto a ellos, y Jeff guardó el revólver al reconocerme... ¿Borracho? ¡Claro que no estaba borracho! El otro tipo sí que casi lo estaba. Bebía como un idiota y estaba contento, sentado contra el tronco de un árbol. Cuando lo maté todavía estaba riendo, invitándome a beber.

Los Cowan escondieron el rostro entre las manos, mientras los demás, incluidos Bronson y sus amigos, escuchaban con gran interés la desconocida historia. Jefferson Collins había inclinado la cabeza sobre el pecho, como olvidado de todo, incluso de la botella de *whisky* que tenía en la mano. La sangre volvía a manar de la herida de su frente manchando el pálido, crispado rostro.

Reginald Cowan suspiró profundamente.

—Sí... Yo maté a aquel idiota... Jeff se quedó como si acabara de caerle un rayo encima. Le dije que íbamos a repartirnos el dinero y ni siquiera entonces reaccionó. Tuve que zarandearlo para que me entendiera. Entonces, sacó de nuevo su revólver y dijo que me iba a llevar prisionero de regreso a Dryden. Le dije que para traerme aquí tendría que matarme y que si no se atrevía, yo me iba a marchar con el dinero. No se atrevió. Entonces, yo lo dejé allí, y me volví con el dinero. Estaba seguro de que él jamás diría nada. Estaba completamente seguro.

—¿Y eso por qué? —masculló Bronson—. Yo te habría arrancado tu maldita piel a tiras, mocososo.

—Pero no Jeff Collins. Yo lo comprendí: nunca me haría nada, por no lastimar a mi hermana. Comprendí que callaría para siempre, y me fui. Sabía que no dispararía contra mí, que nunca diría nada. De buena gana lo habría matado, pero comprendí que si intentaba disparar contra él, él dispararía contra mí, aunque sólo fuese por instinto. Y jamás se me ocurriría enfrentarme a un tipo como Jeff con un arma en la mano. Así que me fui, y dejé que él se las arreglase a su manera. Y al muy estúpido no se le ocurrió una idea mejor que simular que se había emborrachado, y que no sabía nada de nada.

—Canalla —tembló la voz de su padre—. Canalla, canalla, canalla...

—Tus palabras no me impresionan, padre. Hace ya tiempo que dejé de admirarte, e incluso de quererte de verdad. A Camelia, sí; pero a ti... casi empezaba a odiarte... ¡Casi empezaba a odiarte!

Camelia volvió a gemir, y su padre, demudado el rostro, lo volvió hacia el silencioso, sombrío Jeff Collins.

—Collins —musitó roncamente—, Collins, lo siento... No le pido que me perdone, pero lo siento.

Jeff Collins no contestó. Permaneció en la misma postura, con la cabeza caída sobre el pecho, una botella de *whisky* en la mano. Camelia fue hacia él y se arrodilló delante.

—Jeff... Jeff, no debiste hacerlo. Oh, Dios mío, ahora comprendo mejor que nunca cuánto me amas, cuán cruel he sido contigo. Y yo sí te pido que me perdones. Jeff, te lo suplico..., ¡perdóname!

Collins ni siquiera reaccionó entonces. Posiblemente, estaba pensando en la inutilidad de su sacrificio, como lo había pensado en veces anteriores. Posiblemente, pensaba que si hubiera dicho la verdad cuando todo ocurrió, la presente situación no se habría producido. Sí... Probablemente, pensaba que Reginald Cowan debió pagar su culpa entonces, que estaba destinado a acabar mal, y que, cargando con sus culpas, sólo había demorado una solución inevitable: la caída de quien había emprendido el camino fuera de la ley. Posiblemente, se arrepentía más de este fallo, que de su sacrificio para evitar dolor a la mujer que amaba... y que ahora parecía amarla más que nunca.

—Jeff... Jeff, contéstame... Dime algo...

—El rural no tiene ganas de hablar, jovencita. ¿Y sabe una cosa? Si verdaderamente yo lo he entendido bien, no volvería a mirar jamás la sucia cara de todos ustedes. Por todos los demonios, se puede ser un maldito reclamado como yo, pero hay cosas que ninguno de los que vamos con Murdock haríamos, me parece. ¿Lo harías tú, Harris?

—Hombre, no sé —sonrió el forajido—. Esté mocoso es tan cochino que me parece que yo le habría metido unas cuantas onzas de plomo en su asquerosa barriga... Mira, Bronson, estamos alargando esto demasiado, ¿no crees? Todas estas cuestiones no nos importan a nosotros.

—Tienes menos sesos que una boñiga, Harris.

—Es posible —refunfuñó Harris—. Pero mis sesos de boñiga me sirven para pensar lo que me conviene, al menos. Tenemos el dinero, tenemos los caballos y este tipo avisó de que estábamos aquí... Lo mejor que podemos hacer es largarnos ya.

Bronson le miraba.

De repente, dijo:

—Me parece que tienes razón. Pero ahora que me doy cuenta, Collins no se ha terminado su botella de *whisky*. Siga bebiendo, Collins. Se va a beber dos botellas. Y si sale de ésta por mi parte estará bien. Ya ve: yo sí le concedo una oportunidad.

Todos los presentes estaban consternados.

Miraban a unos y otros.

Jeff Collins miró a Bronson por encima de un hombro de Camelia, que continuaba arrodillada ante él. No dijo nada. Simplemente alzó la botella, y continuó bebiendo.

Camelia intentó quitarle la botella.

Collins no se movió.

—Jeff, no bebas más. Aunque nos maten.

Sin mirarla, dijo:

—Déjame. Aléjate de mí, Camelia.

—No. Nunca más me...

La hosca mirada del exrural se clavó en los bellos ojos llenos de lágrimas de la muchacha.

—Aléjate de mí —susurró.

Camelia estuvo un par de segundos inmóvil. Luego se puso en pie, y se alejó. Se alejó incluso más de lo que había estado en ningún momento. Collins continuó bebiendo, ante el pasmo de todos, hasta que la botella quedó vacía.

Todos estaban pendientes de él.

Pero nadie intentaba nada por salvarse.

—Leman, tráete otra botella al rural —murmuró Bronson—. Y en cuanto termine, nos marcharemos.

—¿Y mi parte? —preguntó Regie Cowan.

CAPÍTULO X

Bronson se volvió hacia él y se quedó mirándolo poco menos que estupefacto.

—¿Tu parte?

—Sí... Mi dinero... Diez mil dólares de los que hay en esas sacas, Bronson.

—Sí, sí, sí... Entiendo... Pero dime una cosa: ¿qué harás con tu parte?

—Eso es cuenta mía.

—Quizá. Pero yo te he hecho una pregunta. Voy a repetirla. Me fastidia hablar en vano cuando no es necesario, pero lo haré, por una vez en la vida: ¿qué harás con tu parte?

—Me iré para siempre de este maldito pueblo.

—La idea es buena —se acarició Bronson la barbilla—. Muy buena. Y voy a ayudarte. Sí, señor: voy a ayudarte a marcharte para siempre de este maldito pueblo. Te ayudaré tan bien, que apuesto cualquier cosa a que jamás volverás a poner los pies en él. De modo que aquí tienes tu parte, y... ¡un feliz viaje!

¡Bang!

La acción de Bronson fue tan rápida que nadie tuvo tiempo de comprenderla hasta que sonó el disparo. Si acaso, sus amigos y Collins, pero éste parecía ya sumergido en las brumas del alcohol, y cuando sonó el disparo todo lo que hizo fue apretar los labios.

Reginald Cowan recibió la bala en pleno corazón, y saltó hacia atrás vibrando en sus labios el último grito de su vida. Un grito agudo, terrible, de dolor, de furia, de terror sin límites. Chocó de espaldas contra el mostrador y cayó de bruces.

—¡Regie! —clamó Camelia.

Se abalanzó hacia su hermano, imitada por su padre. Entre los dos volvieron al muchacho cara al techo, con cuidado. Con un cuidado, con unas precauciones innecesarias. Se quedaron mirando los inteligentes, honrados ojos de Regie, desmesuradamente abiertos. En aquel instante, un hilillo de

sangre apareció por un lado de su boca y los Cowan abatieron la cabeza. Camelia abrazó al muchacho contra su pecho.

—Dios mío —se llenaron sus ojos nuevamente de lágrimas—. Dios mío, Dios mío...

—Que Él lo acoja en su seno —sonrió Bronson, guardando el humeante revólver tras soplar el humo—. Apuesto a que le harán un gran recibimiento allá arriba, para enviarlo enseguida abajo.

—Oye —comentó Yeats—, a lo mejor es verdad que el muchacho creía qué le daríamos su parte.

—Claro que es verdad... ¿Acaso no la tiene?

—Hombre, yo me refería al dinero.

—Ah, el dinero. Bueno, yo pienso que alguno de nosotros lo merecemos más que él. ¿No es cierto, amigos?

Miró a los personajes que estaban viviendo el drama, pero nadie contestó. El más absoluto miedo había hecho presa definitiva en todos. Y en realidad, estaban pensando más en lo que podía sucederles a ellos que en lo que ya le había ocurrido a Reginald Cowan.

—Bien... ¿Qué hay de esa botella, Yeats? El amigo Collins la está esperando ansiosamente. Demonios, tengo curiosidad por ver qué le pasa a un tipo que se bebe dos botellas de *whisky*. Apuesto a que revienta de arriba abajo. Vamos, dale ya la botella.

—¿Puedo tomarla yo? —preguntó Collins con voz pastosa, ya turbios los ojos.

—Hombre, no se moleste —sonrió ampliamente Bronson—. Es mejor que se ponga cómodo.

—Me gusta elegir mi marca. Y la de esa botella no me gusta. Bien está que reviente, pero con el *whisky* que yo elija... ¿Qué tiene eso de malo?

Bronson se echó a reír.

—De acuerdo. Elija su veneno, Collins. Que no se diga que ha muerto a disgusto.

Volvió a reír, y sus amigos le imitaron. Collins se puso en pie, y quedó clavado en el suelo, oscilando de un lado a otro, con lo cual consiguió que los forajidos rieran aún más. Tenía los ojos turbios, enrojecidos, inyectados en sangre como nunca. Parecía una fiera sanguinaria buscando su presa, y su aspecto impresionó a todos, excepto a Camelia Cowan, que todavía abrazando a su hermano, miraba inexpresivamente al exrural, quizá vio algo que los demás no podían ver. Quizá.

Dejó a su hermano, se puso en pie tirando de una manga de su padre y lo llevó hacia las sillas del fondo de la cantina, donde se agrupaban todos los rehenes excepto Mike, que parecía dispuesto a atender su negocio, clavado allí desde el principio.

Jeff Collins estuvo mirando a padre e hija, como si ni siquiera los conociese, hasta que ambos se sentaron. Entonces, dio un paso más y pareció a punto de caer. De un par de trapiés, llegó ante el mostrador, al cual se sujetó con la mano derecha, mientras el brazo izquierdo pendía inerte, lleno de sangre.

—A ver, Mike —tartajeó—. Dame... una de las botellas que te pido..., que te pido cuando... tengo dinero...

—Sí... ¡Sí..., sí, enseguida!

Mike se volvió, tomó una botella de un estante, la descorchó rápidamente, y la tendió con mano temblorosa a Collins, que la tomó por el cuello, con mano no menos temblorosa. Se volvió, apoyado en el mostrador y la alzó.

—Por... por la salud de todos.

—Que aproveche —rió Bronson.

Hubo un coro de risillas cuando el exrural se llevó la botella a los labios. Bebió un corto trago, la bajó, la miró al trasluz, y chascó la lengua.

—Lo que son las cosas..., demonios... Hace dos días, no tenía... ni para una copa... ¿O hace un día? Bueno... no importa... Ahora tengo tanto *whisky* que... que no podré terminarlo...

—No alargue la broma, Collins —musitó secamente Bronson—. Bébase eso y terminemos.

—Poco a poco, amigo... Si quiere matarme, hágalo, pero... no conseguirá que yo desperdicie... este..., éste estupendo *whisky*..., bebiéndolo de prisa...

—Siga bebiendo, Collins. Mi paciencia se está terminando.

—Pu-pues entonces dis... dispere... Aunque se me ocurre algo mejor... ¿Por qué no empiezan a... a desfilar...? No seguiré bebiendo sin ver... sus... sus puercos rostros...

—Métele unas balas en la tripa y acabemos —gruñó Yeats.

—Eso... ¡Hip! Métame unas balas en... en...

—Beba, Collins. Y tú, Yeats, ve a buscar a Luke y Perkins a la estafeta y venid aquí con los caballos delante de la cantina. Que destrocen el telégrafo. Ahora ya no importa que se den cuenta de que no funciona. Vamos, muévete.

—De acuerdo. Pero no perdamos ya más tiempo. Si se pone tonto, acaba con él y larguémonos.

—Seguro. Ve a hacer eso.

Yeats salió de la cantina y Bronson miró malignamente a Collins.

—Adelante, rural. Ya terminó el juego: toda la botella de un trago.

—Haré... lo posible... Pero me gustaría... invitarle, Bronson. Qué demonios, a fin de cuentas... usted se merece un trago, por haber... por haber... sido el causante de que... se sepa que no fui un borracho, ni... ni un...

—O acabas tú con este charlatán, o lo hago yo —gruñó Cortell.

—Tomaré ese trago, Collins —sonrió Bronson—. Luego... terminará la botella de un trago.

Se acercó a Collins, tomó la botella que éste le tendía, la alzó, y se colocó el gollete en su boca.

Un instante antes de morir, supo que esto iba a suceder... Sí. Lo supo. Vio aquel brillo demoníaco en los ojos del exrural, su sonrisa cruel, su gesto feroz. Un instante. Y enseguida notó en pleno vientre aquel frío intenso, doloroso. Y aquella cuchillada certera, brutal... Ni siquiera tuvo tiempo de asombrarse, de preguntarse de dónde había sacado Collins el cuchillo, de cómo era posible que pudiera mover con aquella fuerza su brazo izquierdo herido, manejando aquel cuchillo que había aparecido el diablo sabía de dónde.

No tuvo tiempo de nada.

Sólo de morir. De caer hacia atrás cuando Collins, tras arrebatarse el revólver de la funda, lo empujó hacia Cortell fuertemente, de modo que ambos rodaron por el suelo.

Fue todo tan rápido que nadie tuvo tiempo de hacer nada. Prácticamente, ni de asustarse, siquiera. Los únicos que efectuaron un conato de reacción fueron los forajidos Cortell, Harris y Leman.

Estos dos últimos llevaron las manos a los revólveres, gritando, crispados sus rostros. Pero el revólver de Bronson estaba ya en la mano derecha de Collins; firme como un roble en la tierra orientado hacia ellos. ¡Bang..., bang...!

Leman recibió el balazo en el corazón, y Harris en el centro de la frente. Los dos saltaron hacia atrás chocando uno con otro espectacularmente, abrazándose de un modo frenético, trágico...

¡Bang!

Cortell, que había conseguido apartar el cadáver de Bronson, había sacado su revólver. Pero sólo eso. El tercer disparo de Collins le acertó en el vientre, y de modo asombroso, lo obligó a ponerse en pie.

¡Bang!

El cuarto disparo del exrural dio en la boca de Cortell y lo tiró de espaldas sobre el cadáver de Bronson.

Y nada más.

La primera en reaccionar fue Camelia, que corrió hacia el exrural y se abrazó a él. Collins la cogió por un brazo, mientras su sombría mirada de fiera se clavaba en la puerta de la cantina por si los tres forajidos que quedaban fuera acudían. Aunque seguramente, al oír los disparos, debían haber pensado que los había hecho Bronson.

El doctor Huberts reaccionó seguidamente, examinando como por compromiso a los hombres que yacían en el suelo. El primero que examinó fue Reginald Cowan. Luego a los demás. Cuando terminó miró a Collins, que tras apartar dulcemente a Camelia, había quitado los cintos a los forajidos. Se colocó uno, señaló los demás, aunque sin decir a quien los destinaba, sino dejándolo a libre elección de los presentes, y tomó uno de los rifles que los forajidos habían dejado sobre la mesa, junto a las sacas con el dinero. Tambaleándose, fue a una ventana de la cantina y miró hacia la calle, colocándose de modo que no le vieran a él. Vio a lo lejos a Yeats, ante la puerta del establo, esperando, mirando hacia allí, pero sin que se hubiera alarmado lo más mínimo, según parecía.

Camelia se colocó a su lado, con otro rifle entre las manos, pero el rural movió negativamente la cabeza.

—Ya no, Camelia —musitó lanzando su pesado aliento alcohólico sobre la muchacha—. Has hecho suficiente, ve a lugar seguro, ¡ahora!

—Quiero ayudarte.

—No. Vete. Si alguien ha de ayudarme, no creo que seas tú la persona indicada.

—Tiene razón —murmuró Gordon Cowan, colocándose junto a ellos, rifle en mano—. Yo te ayudaré, Collins.

—Como quiera. Pero no ahora, señor Cowan. Quiero disparar yo solo contra esos tres hombres, cuando vengan. Me sentiré más seguro. La ayuda la necesitaré luego, cuando lleguen West Murdock y los demás, para recoger el dinero y marcharse. Vaya hacia el fondo de la cantina.

—Está bien. Collins, yo.

—Le entiendo, señor Cowan. Pero todo está dicho.

—Me iré de aquí... Si quedo con vida, me iré de aquí. No podría soportar la situación. En cuando a Camelia, ella... podrá hacer su propia elección. Y ya supongo cual será. Os deseo buena suerte a los dos.

—Ya vienen —susurró Camelia.

Collins dejó de mirar fijamente a Cowan, para dirigir su atención a la calle. En efecto, Yeats, Luke y Perkins llegaban con los caballos de todos los forajidos, tirando de las bridas, pasando a pie, con total indiferencia, junto a los cadáveres de sus compañeros. La mula debía haberse fastidiado al fin de llevar un cadáver, se lo había sacudido de encima y no quedaba ni rastro de ella. Collins sonreía imaginando al animal volver a su tranquila cuadra, en el cuartel de los rurales.

—Café —murmuró—. Necesito café, Camelia. Mucho café. Dile a Mike que lo prepare.

—Sí, Jeff.

Se sentía mal, francamente mal. Ni siquiera hacía veinticuatro horas se había visto obligado a beber otra botella de *whisky*. ¿O no había sido por obligación, sino por ganas de terminar de una vez, de reventar de una vez? Sólo que ahora, ya no quería reventar, ya no quería terminar. Veía a los tres forajidos como a través de una neblina de aire caliente, arrugada, móvil. Sentía pesada la cabeza, que le daba vueltas. Bien. De todo aquello algo había sacado en limpio: tenía una capacidad asombrosa para beber.

Alzó de pronto el rifle, apuntó una fracción de segundo y disparó.

Yeats lanzó un alarido, pegó un bote, y cayó como un guiñapo en el centro de la calle, con una bala en pleno corazón. Algunos de los caballos se asustaron y dieron un tirón, soltándose de las manos de Perkins y Luke alejándose con los que había dejado sueltos Yeats.

Y Perkins y Luke quedaron como clavados sobre el polvo, desconcertados.

¡Crack!

Luke recibió la bala en la cabeza y dio un salto hacia atrás, espectacular, trágico. Perkins reaccionó al fin, saltando hacia la acera de tablas una fracción de segundo antes de que Jeff Collins efectuase el siguiente disparo. La bala se clavó en el polvo, mientras varias balas disparadas velozmente por Perkins llegaban inofensivas a la fachada de la cantina.

Sin alterarse, Collins dejó el rifle, se incorporó, y se dirigió hacia las medias puertas batientes, tambaleándose, más turbia que nunca su mirada.

—¡Jeff! ¡No salgas, no...!

Pero Jeff Collins había salido ya al porche. De allí, siempre tambaleándose, bajó a la calzada y se dirigió sin la menor vacilación hacia donde sabía que se había agazapado el último de los forajidos. No dejaría en pie ni uno solo. No quedaría en pie ni uno solo de aquellos canallas. Ni uno solo.

Apenas había dado una docena de pasos cuando lo vio. Estaba precisamente detrás del abrevadero que tan útil le había resultado antes a él para escapar al diluvio de balas. El hombre asomaba la cabeza en aquel momento, y al verlo disparó, pero con precipitación, de modo que su bala pasó alta. Jeff Collins continuó caminando, lleno de sangre, borracho, sintiendo náuseas, con la mano derecha colgando junto al revólver, que parecía tenerlo olvidado.

El hombre volvió a asomarse, disparó de nuevo, y Jeff Collins sufrió una sacudida. Al instante, una nueva mancha de sangre apareció en su cuerpo, ahora en el costado derecho. Prietas las mandíbulas, siguió adelante. Vio al hombre asomarse más que antes, captó su gesto de estupor y espanto, le vio apuntarle otra vez. Su mano derecha se movió entonces.

¡Bang!

El hombre lanzó un chillido y se puso en pie junto al abrevadero, soltando el revólver como si quemase. Jeff Collins volvió a disparar, el hombre lanzó otro grito, y cayó de cabeza dentro del abrevadero, dejando medio cuerpo fuera.

Entonces Jeff Collins se detuvo. Se quedó como un árbol altísimo y flexible oscilando a merced del viento, revólver en mano, sin darse cuenta de que gotas de su sangre caían sobre el polvo, que las absorbía rápidamente.

Un gran silencio, el silencio de un pueblo abandonado, volvió a reinar entonces. Se oía el zumbido de algunos tábanos, el sol estaba allá arriba, en su cenit, lanzando sus oleadas de calor de cien mil demonios.

—Y catorce —musitó Collins—. El juicio ha terminado.

—¡Jeff! ¡Jeff!

Se volvió. Y segundos después recibía de nuevo en sus brazos a Camelia Cowan.

—Todo está bien, Camelia —musitó—. Todo está bien.

Ella lloraba, abrazada a él, mientras Collins, con una fría sonrisa en los labios, iba viendo a la gente que, poco a poco, aparecía en la calle. Los conejos salían de sus madrigueras.

Había terminado la matanza para un hombre solo. Muy solo.

Con Camelia abrazada a su cintura, comenzó a caminar hacia la oficina del *sheriff* Gilford. Antes de entrar, por la ventana, vio a Jimmy, el joven ayudante, caído de bruces sobre la mesa, con la cabeza llena de sangre.

—Dios mío —gimió Camelia—. Dios mío, todo esto es horrible...

—Ya casi ha terminado, Camelia.

—Jeff, vamos a que te cure el doctor Huberts, vamos a...

—Todavía no. No hay tiempo, Camelia. Tengo que tomar café. Me siento muy mal. Casi tan mal como le estaba haciendo creer a Bronson. Ayúdame a llegar a la cantina, para tomar ese café. Luego di a todos que quiero verlos cuanto antes. Y que sea pronto.

—Sí, Jeff. Lo que tú digas... Haremos todos lo que tú digas...

CAPÍTULO XI

El grupo de jinetes se detuvo a la entrada del pueblo. Llegaban polvorientos, congestionados los rostros por el calor, entornados los ojos para protegerlos de la cegadora luz solar. Había una docena de jinetes y al frente de ellos un hombre alto, robusto, de cuello recio, cabellos rojos y ojos verdes de felino.

—He aquí un pueblo tranquilo —dijo de pronto.

—No se ve a nadie... Ni siquiera a los nuestros.

—Deben estar en la cantina —sugirió otro.

El pelirrojo alzó la cabeza, mirando hacia los tejados de derecha e izquierda de la calle Mayor.

—Le dije a Bronson que pusiera a dos vigilando en los tejados —gruñó—. Y Bronson sabe que no me gusta que me desobedezcan.

—¡Bah! Ya sabemos cómo reacciona la gente de pueblecitos como éste, West. Bronson los debe tener metidos en un puño. Vamos a la cantina, tomemos unos tragos y salgamos disparados hacia la frontera.

West Murdock continuaba mirando hacia los tejados, con el ceño fruncido. Miró también a lo largo de toda la calle, que se divisaba prácticamente hasta la otra punta. Miró a todos lados.

—No me gusta —susurró.

—¿Qué es lo que no te gusta? —rió uno de sus amigos—. Hay cuarenta mil dólares esperándote aquí, West. Y *whisky* y cerveza. Todo eso nos vendrá muy bien después de esta maldita cabalgada. Pero peor lo estarán pasando los rurales, dejándose la piel en los matorrales de Little Dry River.

Hubo algunas risas. El pelirrojo volvió la cabeza, miró a sus sedientos hombres y encogió los hombros.

—Bien... Terminemos el asunto. Vamos a por esos cuarenta mil dólares y larguémonos con ellos.

—Querrás decir con treinta mil —sonrió su más cercano compinche—. Habrá que darle su parte a nuestro cómplice de aquí, ¿eh?

—No digas tonterías.

Hubo nuevas risitas. Weston dio un taconazo a su caballo, y el animal reanudó su marcha. La docena de hombres entraron muy lentamente en Dryden, mirando a todos lados, especialmente Murdock, que tenía fruncido el ceño. Se detuvo al llegar al ensanchamiento que formaba una pequeña plaza, con árboles a un lado.

—¡Bronson! —llamó.

Todos habían detenido sus caballos, y la voz, de Weston Murdock restalló con fuerza en la calle. Luego, el silencio más absoluto.

—¡Bronson! ¡Bron...!

Se calló bruscamente, al ver aparecer a un hombre en la calle. Primero, lo vio en el porche de la oficina de la ley, luego, en la calzada, caminando lentamente hacia ellos, bajo el sol, de modo que éste relucía cegadoramente en la estrella de cinco puntas que el alto, barbudo y torvo sujeto llevaba prendida en el pecho. Los astutos, pérfidos ojos de Weston Murdock se entornaron. No dijo nada. Nadie dijo nada.

El primero en hablar fue, precisamente, el sujeto de la placa en el pecho. Se detuvo a veinticinco o treinta pasos de ellos, los estuvo mirando en silencio unos segundos, y por fin murmuró:

—¿West Murdock?

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez el forajido—. No me diga que es representante de la ley.

—En estos momentos, sí. Al menos; a mi ley. ¿Es usted Weston Murdock?

—Sí.

—Dese preso en nombre de la ley.

—¿Cuál de ellas? ¿La de usted... o la otra?

—Las dos. Desmonten y caminen hacia la cárcel. Hay sitio para todos.

—No dudo eso. Pero sí dudo que usted solo pueda meternos en ella.

—He hecho más que meter en la cárcel a tipos como ustedes, y hasta en más cantidad: Bronson y los demás están en la funeraria. Ahora caminen hacia la cárcel.

Se pasó la mano derecha por la barba, y enseguida los forajidos notaron algo, supieron que la decoración había cambiado. Sí. Había cambiado. En los tejados, en las ventanas comenzaron a aparecer cañones de rifle, de carabinas, de revólveres, de escopetas de dos cañones.

Durante unos segundos, los forajidos estuvieron mirando a todos lados, empapándose de aquella peligrosa realidad. Por fin, todas las miradas volvieron hacia Jeff Collins.

—Sé lo que está pensando —dijo éste—. Pero si lo hacen, si disparan en primer lugar contra mí, caerán todos acribillados. Y el que quede vivo será linchado.

—Está bien —dijo Murdock—. Tengamos la fiesta en paz, iremos todos a la cárcel. Desmontad, muchachos.

Fue el primero en hacerlo, lentamente. Los demás le imitaron también despacio, dirigiendo sus hoscas miradas a todos lados. Una fría sonrisa dejó al descubierto los blanquísimos dientes del exrural.

—Olvídelo, Murdock: en cuanto empiecen a saltar buscando un lugar donde hacernos frente, quinientas balas caerán sobre ustedes. No tiene escapatoria, el que mueva un dedo, lo acribillarán.

—¡Veremos si...!

¡Bang!

Murdock había comenzado a gritar sus desafíos tirando ya del revólver, fijos sus ojos en Collins, dispuesto a llevárselo por delante en aquella jugada. Pero solamente había sacado Murdock la mitad de su revólver cuando el del rural ya tronaba en su mano.

—¡Aaahhhggg! —rugió Murdock, estremeciéndose.

Se quedó encogido, con una bala en el vientre, la mano izquierda en la herida, la derecha todavía sobre la culata del revólver. Acabó de sacarlo, apuntó a Collins y éste volvió a disparar fríamente.

Nadie se movió. Nadie reaccionó: Weston Murdock se quedó unos segundos en pie, mirando estupefacto al hombre que lo había vencido. De pronto, abrió aún más los ojos y cayó de bruces, agarrotada su mano en la culata del revólver que, por primera vez en su vida, otro hombre no le había dado tiempo a utilizar.

Quedó tendido, sobre el polvo, con el rostro hundido en él.

De nuevo se oyó la voz de Jeff Collins:

—Lo dicho, dicho está: el que mueva un dedo, lo acribillarán..., a menos que lo mueva para desabrochar su cinto. Piénselo durante... un segundo.

Todas las manos se movieron hacia las hebillas. Todos los cintos cayeron sobre el polvo. Collins señaló por encima de su hombro con el cañón del revólver, hacia la oficina del *sheriff*, pero de pronto sonrió como divertido.

—No —dijo—. Irán a otra cárcel. Den la vuelta y caminen: el cuartel de los Rurales de Texas está muy cerca.

Fue obedecido, en silencio. Y a medida que caminaban hacia el cuartel, iban apareciendo hombres casi ancianos, mujeres y niños, cada uno armado con lo que habían podido encontrar. Un destello de rabia pasó por los ojos de

los forajidos, pero ya era tarde para hacer nada. La trepa de Jeff Collins había dado resultado.

* * *

El destacamento de rurales entró en el cuartel, y como un solo hombre, acabaron la cabalgada delante del porche del barracón destinado a oficinas. Al frente de todos ellos el capitán Palmer, permaneció todavía montado unos segundos, mirando con extraña expresión al barbudo y atlético personaje que parecía sostenerse en pie por obra y gracia de un auténtico milagro. Contempló su lívido rostro, la sangre seca repartida por todo su cuerpo, los llameantes ojos... Su ceño se frunció ligeramente cuando vio en su pecho la placa de los Rurales de Texas.

Pero no dijo nada.

Desmontó, subió al porche y se detuvo ante Jeff Collins. Por un instante, desvió la mirada hacia Camelia Cowan, que parecía esperar de un momento a otro la caída, el derrumbamiento de aquella fortaleza repleta de *whisky*. No necesitaba explicaciones para comprender la situación porque conocía a Jeff Collins: éste se había negado a ser atendido a sus heridas. No accedería hasta que todo hubiese terminado, hasta que hubiese dicho la última palabra. Sólo entonces admitiría Jeff Collins al médico.

Lo conocía muy bien.

Por eso siguió en silencio.

De pronto, muy lentamente, éste alzó la mano derecha, despreció la placa y la tendió al capitán Palmer.

Sólo pudo decir:

—No es mía, señor —susurró.

Y entonces, sí. Entonces, finalmente, Jeff Collins se desmoronó.

Definitivamente, había terminado la matanza para un hombre solo.

ESTE ES EL FINAL

—Hola, Jeff.

—¡Bien venido, Jeff!

—Eh, Jeff, muchacho, ¿qué te cuentas?

—¿Cómo va ese pellejo de mula vieja?

Con un nudo en la garganta que le impedía contestar a los saludos de los rurales, Jeff Collins caminaba hacia el barracón de las oficinas. Incluso no veía bien, empañados sus ojos por la emoción. Había entrado por la puerta grande, llamado por el capitán Palmer, y ahora, estaba oyendo de nuevo aquellas voces, aquellos rudos saludos llenos de afecto.

Cuando se dio cuenta, estaba en la oficina de Palmer, ante la mesa de éste, que lo miraba con afectuosa curiosidad.

—Buenos días, señor.

—Se dice «a la orden, señor» —replicó Palmer.

—Bien... Eso es cuando quien saluda es un rural..., señor.

—¿Te encuentras bien? —sonrió Palmer—. Solamente han pasado ocho días.

—Estoy bien, gracias. Yo... entiendo que me ha mandado llamar, señor.

—Sí —Palmer abrió un cajón, sacó una placa de los rurales y la depositó lentamente sobre la mesa—. Hay un pueblo llamado Corbettville, cerca de la frontera, donde se está instalando un pequeño destacamento de los rurales, Jeff. No está demasiado lejos de aquí y en cierto modo dependerá de este cuartel, que se instala con carácter definitivo en Dryden. Media docena de rurales están ya en Corbettville, esperando al hombre que ha de mandarlos, el hombre que será jefe absoluto del destacamento. Ese hombre deberá ser su sargento. ¿Te interesa el puesto?

—Por Dios —jadeó Collins—. Yo no soy sargento, señor. No soy nada. Ni siquiera soy un simple rural.

Palmer asintió con la cabeza, colocó un documento ante Jeff Collins, humedeció la pluma y se la tendió.

—¿Quiere firmar, sargento?

—Pero, señor...

—No es obligación pertenecer a los Rurales de Texas, desde luego. Sobre todo, si se tienen resentimientos contra el cuerpo.

Jeff Collins abrió muchos los ojos. De pronto, tomó la pluma, firmó, y se quedó mirando a Palmer, que empujó con un dedo la placa, echó un vistazo a la firma, guardó el documento, y se puso en pie, tendiendo la mano.

—Buena suerte, sargento Collins. Eso es todo.

Jeff Collins estrechó aquella mano casi tan grande como la suya, tragó saliva, se prendió la placa en la cazadora, y alzó dos dedos, rígidos, hasta la sien.

—Gracias... A la orden, señor.

Poco después, rodeado de rurales que le daban palmadas en los hombros, le empujaban, le gritaban bromas y le llamaban sargento, llegó hasta donde Camelia Cowan le estaba esperando, a caballo, sosteniendo las bridas del de Collins. Éste montó, y al ver la mirada que la muchacha dirigía a la placa, sonrió como hacía meses no había sonreído.

—Nos vamos de todos modos, Camelia... A un pueblo llamado Corbettville —se inclinó hacia ella y la besó, consiguiendo así un abuceo de sus compañeros—. Pero no me mires así... No he robado la placa: ésta sí es mía.

FIN